Sonco

CH'AQUI Fulero

Los cuadernos perdidos
del Víctor Hugo Viscarra

Sonco

Ch'aqui fulero

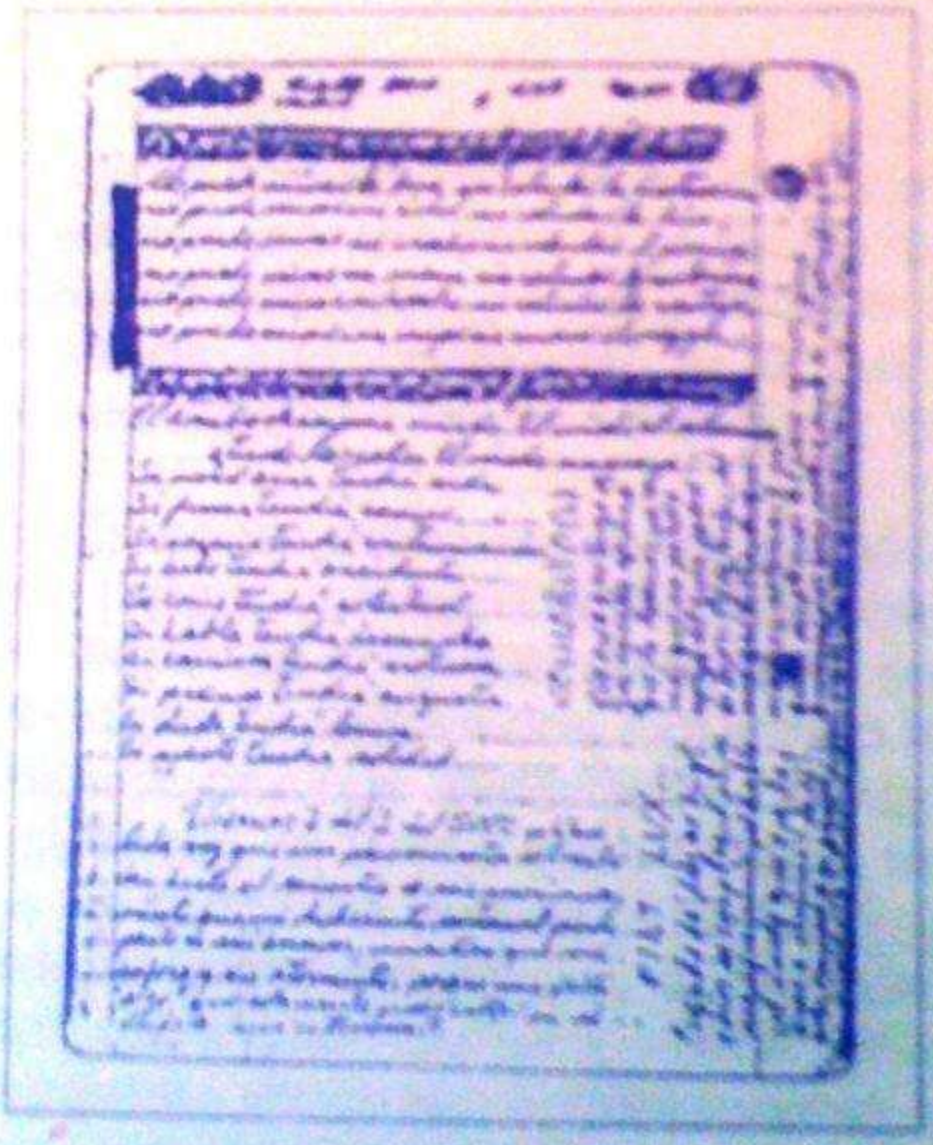
Los cuadernos perdidos del Victor Hugo

Sonco

Víctor Hugo Viscarra

Ch'aqui fulero

Los cuadernos perdidos del Victor Hugo



Hagamos de cuenta que esto es el prólogo

Desde que se ha inventado esto de los prólogos, parece que es necesariamente obligatorio tener que estar escribiendo párrafos y más párrafos supuestamente literarios que justifiquen si lo que uno ha elucubrado vale la pena o no de ser leído y, por ende, publicado.

Y es que, para no estar expuesto al qué dirán de aquellos que fungen y fingen como críticos, críticones y especialistas del lenguaje, se tiene la sensación de que es menester satisfacerlos siguiendo los cánones establecidos por sus afiebradas mentalidades. Al final de cuentas, la única opinión que tiene que importarle a un autor, es la que él tiene de su obra, y, por añadidura, la opinión de quienes lo leen, porque es para ellos para quienes se escribe. El resto (la opinión de quienes dicen ser intelectuales), debe tener la misma importancia que tienen nuestros gases

estomacales expelidos por lugares anatómicos desagradables.

Nunca he logrado entender para qué sirven aquellos textos o prólogos que tratan de justificar si lo que uno tiene entre sus manos vale o no la pena de ser leído y comprendido. Y peor todavía, si necesariamente dichos textos tienen que estar al inicio de cada obra, como si la importancia radicara en lo que un pereji opina acerca de una obra en la que no ha tenido ni arte ni parte.

A mi entender, nadie está obligado a supeditarse al gusto de los demás, porque lo que uno exprime a sus neuronas siempre va a estar encaminado en función al beneficio o perjuicio que pudiera ocasionar en el otro. Y si de gustos se trata, pues, a mí me gusta escribir de esta manera, y al que no le gusta mi estilo, que se meta su dedo y su enojo en el orificio de su disgusto.

Pero como estamos perpetrando una especie de prólogo, a manera de epílogo se puede anotar que, si esta colección de relatos fueron escritos de una manera que no a cualquiera le ve a gustar, a mí, en lo personal, me gustan tal como están, y la opinión de la gente me es indiferente.

Jallalla Victor Huguito

Sonco

gadas pacaña, tienen incesante, su magia, su hechizo, su cárcina y su alucinamiento. He aquí, cada día, son recogidos varios cadáveres de paceños que murieron por contemplar en todo su esplendor, el desenvolvimiento.

EL PENSAMIENTO (Vocero del Partido Liberal) N° 692 del año 1898, editado en Tarija, afirma que la IMPRENTA es Soliloquios y delirios y así es y que tiene entre sus componentes:

Como el presidio, galeras.
como el mundo, impostores.
como el árbol, ramas.
como el déspota, imposiciones.
como la ropa vieja, remiendos.
como un contista, capas.
como un ejército, columnas.
como un mártir, ángeles.
como un pleito, pruebas.
como un cura, breviario.
como el oro, la ley.
como una potencia, ronda.
como un zapador, pica.
como el mundo, tipos.
como la historia, parásitos.
como la política, pasiones.
como las fabricadas, planes.
como el escritor, pluma.
como la mujer, adornos.
como un hombre, vestidos.

Tumba, planes, amplificaciones, tentaciones, pasiones, pluma, adornos, vestidos, ángeles, pruebas, breviario, ley, ronda, pica, tipos, parásitos, pasiones, planes, pluma, adornos, vestidos.

Tumba, planes, amplificaciones, tentaciones, pasiones, pluma, adornos, vestidos, ángeles, pruebas, breviario, ley, ronda, pica, tipos, parásitos, pasiones, planes, pluma, adornos, vestidos.

Si estás cansado, descansá un poco

Si, ya sé, estás tan cansado que hasta te da flojera abrir los ojos para saber si aún el sol ilumina tus dias. Pero, no te preocupes, porque como tu cansancio es tan fuerte, te recomiendo que te pongas a descansar lo más que puedas, porque tal vez sea el último descanso que te tomes en mucho tempo.

No, no son gotas de lluvia las que caen sobre tu rostro y te ponen tan intranquilo. Son... ¿cómo podría decirte? Algo tan Importante que hasta palabras me faltan para describirte su real significado. Pero, como estás cansado no me vas a poder entender. Aun así, seguí descansando porque es tal la magnitud de tu cansancio que no te puedes dar cuenta que estás muerto, y una cosa tan simple como ésa va a ser difícil que en estas circunstancias puedas comprender.

Escribiendo en paredes inexistentes

La noche se ha adueñado de la ciudad y nadie se ha dado cuenta. Los parroquianos están como embrujados ante las copas que aferran sus manos, y no parecen sentir cómo el tiempo transcurre lentamente al lado de ellos, porque la única preocupación que tienen es que el contenido de dichos vasos no se acabe, mientras se espera pacientemente que algún "amigo" haga su aparición en el portal del local, y que tras reconocerlos, les invite unas cuantas botellas de trago, a manera de matar el tiempo y sus existencias.

Un ajetreo alocado invade las calles aledañas apresurando a que los vendedores guarden sus cosas, porque en el horizonte gruesas nubes anuncian que una lluvia febril caerá en cualquier momento, y mojará todo cuanto encuentre a su paso, y acaso tenga la amabilidad de visitar el interior de sus puestos de venta, porque como la calle tiene una pendiente nada agradable, siempre que llueve, anega las

habitaciones donde no han tomado sus correspondientes recaudos.

Aunque muchas personas han encendido las luces de sus casas, no es suficiente para detener el avance de las sombras. La bulla reinante dentro del local aturde a los clientes que siguen bebiendo como si afuera no pasara nada, y mientras los brindis vienen y van, algunos de los allí presentes se anima a salir acaso en dirección al baño, y más de uno puede oír que ya ha llegado la noche, y que hay que seguir consumiendo bebidas y alcoholes, porque el cielo presagia un frío de aquellos que va a hacer temblar a más de uno.

Nadie se puede dar cuenta que las estrellas no saldrán a iluminar sus espíritus tambaleantes, ni musas celestiales oirán sus lamentos y canciones alcoholizadas con las que al momento de marcharse querrán dejar un simple recuerdo a las paredes circundantes. No, esta noche no está como para hacerse el bohemio o el poeta o el cantor, puesto que la naturaleza hará escuchar a herejes y profanos las notas discordantes de sus chaparrones estrellándose contra los pisos y tejados.

El bullicio que llega de afuera a momentos aumenta, y ni aún así puede atenuar la bulla que se ha enseñoreado del local. En la única pieza que sirve para la atención de los bebedores, todo parece ser alegría y desparpajo. Es tanta la amenidad, que uno puede pensar —ayudado por el alcohol que ha consumido—, que hasta las muchachas que engalanan las paredes con sus cuerpos semi vestidos están felices por que se les ha permitido compartir la algaraza que reina en este ambiente.

Por si las moscas

Las flores más hermosas y fragantes, dicen, florecen en primavera, mientras que la mala hierba florece cuando le da la gana.

Cuentan que las penas, siempre que vienen a visitarnos, nos dejan con el corazón hecho fleco y con el alma partida en mil retazos. Ahora dicen que un clavo suele sacar a otro clavo, hay que preguntarse si lo que tenemos nosotros es una ferretería o un cuerpo humano que tan sólo se compone de carne, sangre, sudor.

Y ya que de desamores hablamos, uno puede perjurar —dadas las circunstancias— hasta del vientre materno que, añadas antes, a uno le viera nacer. Los ojos ya no son los de antes, y de canas se han poblado nuestras cabezas. Nuestros labios ya no son los de antes, y los años vividos nos pesan de tal manera en las espaldas que aunque ya no nos metamos ni con Dios ni con el diablo, siempre seremos los mismos anónimos de antes. Aunque ni siquiera nuestros sueños y anhelos hoy son lo que eran antes.

Sonco

Dicen que dicen tantas cosas, que al final de cuentas uno ya no sabe qué es cierto y qué es falso porque las mentiras ya no hallan cabida en nuestras mentes, y las esperanzas nos son ajenas, tan ajenas, que hasta da vergüenza recordarlas.

Entonces, por sí las moscas, si es que en alguna oportunidad nos llega una noticia halagüeña, tendremos que dudar de ella, no porque no nos inspire confianza, sino, tan sólo, por si las moscas.

Dura lex...

Sé que les han contado que quien escribe estas líneas pidiendo benevolencia al Rey, es un vil ser humano, indigno de lástima y merecedor del peor de los castigos.

Y aunque saben muy bien cuáles son los delitos de los que se me acusan, creo innecesario referirme a ellos, para no cansarles, y por ende, no hacer ante ustedes una apología del delito.

Sí, estoy condenado de antemano sin haber sido juzgado ni menos escuchado. El peso de la ley, enorme y avasallador, ha caído sobre mis espaldas y aún así, no desean que yo abra los labios para pregonar mi culpabilidad o aceptar mi inocencia. (He ahí el porqué de esta carta).

Y si bien es cierto que en este mi húmedo encierro nadie me vino a visitar, también en cierto que por las noches, cuando el cielo se llena de silencios, el lúgubre crujir de mis huesos es el solitario sonido que me acuna en su espanto.

Pero, cuando el sordo pasar del tiempo trata de convencerme que mi solicitud de clemencia encontrará oídos sordos ante la autoridad real, tengo la leve necesidad de decirles a ustedes, honestos ciudadanos de un reino que yo he deshonrado con mis actos, que cuando el verdugo venga a buscar en mis entrañas el motor de me existencia, yo bendeciré a Dios por su magnánima indiferencia, y a ustedes, los mandaré a la...

(1997)

El hombre salió de entre las penumbras...

El hombre salió de entre las penumbras de la noche y, tras caminar unos pasos, fue hasta el poste de luz más cercano. A la luz mortecina de su farol miró la hora en el reloj pulsera que minutos antes había robado a una mujer soñadora.

Sí, la verdad suele confundirse con la mentira, y si alguien quisiera negar que la mujer no estaba, en el momento de perder su reloj, en el paraíso personal de la somnolencia, pecaría de incauto y tonto, puesto que el hombre que salió de las sombras de la noche y se detuvo junto al poste de luz para ver la hora, no era otra que la persona que suscribe estas líneas.

Para empezar, les diré que yo nací como nacemos todos los que hemos sido signados por el hado misterioso de la desventura. Y que antes que estar perdiendo el tiempo en juegos propios de niños imberbes, yo tenía que esforzarme en el aprendizaje de la subsistencia, escuela de la que es muy difícil egresar, ya que, a los que se aplazan, la vida en este

caso representada por la noche y por la calle sólo atina a hacer una cosa simple: los mata y asunto acabado.

El reloj no me sirvió gran cosa, puesto que después de haber averiguado la hora, que ni siquiera me interesaba conocer, me acerqué al primer puesto callejero de expendio de bebida, y allí lo cambié por unas cuantas botellas llenas de infames alcoholes, de esos que, al ser bebidos, queman adentro de la conciencia...

En los brazos de Morfeo

Cuando comenzó a correr para alejarse de aquel callejón, como un fast cinematográfico pasaron ante sus ojos calles y avenidas, mientras que su cerebro se negaba a comprender que había cometido un crimen, y que lo peor de todo, era que lo había realizado delante de más de un cincuentenar de personas.

No había sido su intención tener que asesinarlo al Sandro, ni mucho menos. Tan sólo quería darle un escarmiento para que deje de humillarlo delante de los demás aprovechándose de su estado de embriaguez. Las cosas estaban adquiriendo visos de intolerabilidad, y por lo tanto era menester darle un buen escarmiento, pero, ¡maldita borracheral, se le pasó la mano, y en vez de achurarle en la panza, al cuchillo se le ocurrió perforarle el hígado y hasta ahí nomás fue la existencia de ese su amigo.

Jadeando de cansancio y de desesperación, llegó hasta la plaza del barrio, y al ver abiertas las puertas del boliche, presuroso entró en él, tratando de

sosegarse mientras pedía una jarra de trago. Se sentó sobre uno de los bancos que estaban alejados de la puerta principal, y colocándose de espaldas a la pared, miró inquieto a la calle, como si presintiera que en cualquier momento iba a penetrar alguien a reclamarle por el delito que había cometido.

De un sorbo apuró el contenido de la primera copa, y mientras trataba de poner orden a sus pensamientos, recién notó que tenía manchas de sangre es sus ropas, por lo que vio necesario ir hasta el baño para ver cómo disimular aquel detalle demasiado revelador.

Entró en el baño y aseguró la puerta con la aldaba. Tras haberse mirado en el espejo, notó que tenía leves escoriaciones que denotaban que alguien le había golpeado en pleno rostro. Como la sangre que manchaba sus ropas eran muy notorias sacó su cuchillo, y tras lavarlo con agua, se hizo un leve tajo en uno de sus brazos para dejar que sea su propia sangre la que le ayude a disimular las manchas impregnadas en sus ropas.

Apuró hasta el fondo el trago de la jarra y tras cancelar el importe salió del local y de sopetón se encontró con el Sandro estaba completamente bañado en sangre y su figura apenas se notaba entre las sombras.

Acompañado de una par de uniformados había estado esperando pacientemente a que acabase su trago. Mientras le sonreía, extendiendo una de sus manos manchadas de rojo le saludó, al tiempo que le decía que había tardado más de la cuenta en tomar su refrigerio, y que ya era hora de que les acompañe a cumplir su cita con la ley.

El hombre se asustó como nunca antes se había asustado en su vida, y por eso, inconscientemente, decidió despertar de aquella pesadilla, porque con ese tipo de argumentos, uno automáticamente se arruinaba el día.

La canción del despecho

Tengo la leve sospecha de que ya no soy el dueño de tus emociones, porque cada vez que te miro directamente a los ojos, encuentro grabada la mirada del otro. ¿Cuál otro? Todavía me lo preguntas, como si no supieras a quién me estoy refiriendo.

Al caballerito ese que trae serenatas a tu casa, que escribe poemas, y les regala flores, y vos con lo tontita que eres, crees que está perdidamente enamorado de ti, y él lo único que hace es galantearla a tu vieja (que no está tan mal que digamos), quien desde que quedó viuda, está pidiendo a gritos varios ratones tiernos para consolarse en su chochera prematura.

Pero, como la soledad es el consuelo de los que han perdido batallas sin pelearlas, ojalá tu vieja halle satisfacción en lo que hace. Yo, simplemente tendría que olvidarme de vos, porque si tanto tiempo te estaba galanteando (aunque no te escribía versos y no robaba flores para obsequiarte), era a tu vieja a la que estaba persiguiendo y tú me servías solamente como una excusa para acercarme a ella.

Rutina

Ya comenzaba a clarear en esa patraña que llaman horizonte, cuando el Tejetas le cambió la jeta al gil que hasta hace un rato estaba brindando de lo más feliz los asquerosos tragos que vende doña Marta, y que siendo tal como son, nos gusta que da un encanto

Sí, el Tejetas abrió una nueva boca en una de las mejillas de su ocasional rival, y la mesa que compartían se pintó de rojo púrpura. Los que no estaban durmiendo de borrachos, optaban por salir del antro e irse a otros tugurios que no tengan un ambiente agresivo.

—Oye, hijo de la chingada —le gritó a su rojo enemigo—, ahora hacete el putas si no quieres que te descosture tu otra mejilla.

Ecce Homo

Cuando sus ojos se abrieron, tristemente comprendió que aún estaba vivo. Se incorporó lo suficiente como para poder sentarse apoyado contra la pared y contemplar como idiota el nacimiento de un nuevo día.

Hacia un frío de los mil demonios, esa gelidez le quemaba las carnes y en la cabeza le producía tales dolores que ni una caja de aspirinas podría calmar. Permanentemente le fluía por la nariz un moquillo tan molestoso que, de tanto limpiarlo, al final dejó que fluyese, aunque en su descenso tuviera que pasar obligatoriamente por su boca. Miraba el horizonte que no tenía nada de poético ni alucinante, ya que era tan sólo el lugar exacto por donde saldría el sol que devolvería a su cuerpo el calor perdido durante las horas que estuvo durmiendo su deliciosa borrachera.

Mientras miraba el horizonte, mil pensamientos se estrellaban contra su cerebro, pero él no les hacía

caso. Al fin y al cabo, ¡qué putas importa pensar, si nuevamente había que pelearla a la vida para no morir ni de hambre ni de sed el día de hoy!, porque mañana —si hubiera un mañana— será otro día.

Sólo entonces descubrió que una de sus manos agarraba fuertemente su adorada botella plástica, la que durante tantas jornadas le había acompañado y con la que pasaron mil necesidades: él, hambre insatisfecha, y ella, sequías y sequedades. Con cariño paternal la miró y, tras besarla delicadamente, la llevó hasta sus labios para beber un sorbito, un tragullo; su amada botellita estaba bien pio vista y podía permitirle tales atrevimientos.

Alrededor suyo la vida también comenzaba a despertar. Vendedoras ambulantes instalaban sus puestos de venta y ágiles changadores (¿sería agilidad o era que el frío les hacía caminar presurosos?) transportaban bultos de un lado a otro. Entonces comprendió que tenía que esperar la salida del sol en otra parte, porque su presencia en ese lugar no era bien vista. Su aspecto dejaba mucho que desear, hasta al más profano e ingenuo podría suscitar recelo y desconfianza. Y no es que él fuera un enemigo de lo ajeno ni nada por el estilo. Su abandono era tal, que los únicos que todavía no lo habían abandonado eran los trapos sucios y viejos que cubrían su cuerpo, su desaliño personal y su botellita plástica.

Tomando en el aire un punto de apoyo, se incorporó pesadamente y, tras permanecer largos segundos apoyado contra la pared con la mirada vidriosa, sonrió satisfecho al comprobar que seguía entero. Luego, ensayó un paso con uno de sus pies, y al cerciorarse de que éste aún le obedecía, se enderezó

completamente y emprendió su camino, perdiéndose al doblar la esquina, mientras un pajarito no estratificado saludaba trinando al sol que aún no había despuntado en el horizonte.

El hombre se dirigió al Puente Avaroa, porque sabía muy bien que allí, entre las casetas abandonadas del ex mercadito de fruta, solían dormir sus compañeros de infortunio. Mientras caminaba, de rato en rato sacaba su botellín para besarlo y, de paso, apurar un trago largo de aquel líquido que, si bien le quemaba los intestinos, poco a poco le devolvía la movilidad a su cuerpo.

Ya no sentía frío. Desde hacía rato sus pasos eran más ágiles y seguros. Podía sentir que a sus espaldas la noche se estaba destiñendo, mientras la ciudad despertaba y las calles de a poquito iban llenándose de personas y automóviles.

Llegó al ex mercado y con fastidio observó que el grupo de personas seguía durmiendo la borrachera que se habían empinado el día anterior o tal vez días antes. Parecían un ovillo humano mal desmadejado, arrebujados en prendas de vestir que alguna vez fueron ropas decentes, y cubriendo mal que mal sus cuerpos con un plástico destrozado.

Parsimoniosamente se sentó al lado del grupo, mientras esperaba a que alguno despertase para tener a alguien con quien conversar. Nuevamente buscó su infaltable botella plástica, era ella la que, sin hablar, le había estado acompañando. ¿Semanas, meses, días? Eso no importaba, ella le era fiel, y a pesar de que en alguna oportunidad un mal amigo quiso llevársela, él la recobró, y desde entonces se han vuelto inseparables.

Ya el sol despuntaba en el lejano horizonte. La ciudad despertaba, recobrando su bullicio característico, y mil sensaciones embargaban a sus habitantes no tan madrugadores.

Perdiendo mi tiempo

Tengo la leve sospecha de que si sigues con esa estùpida sensación de que si debutas vas a romper tu juramento de llegar virgen al altar, puede ser que te vayas de cabeza al infierno sin tener a mano la recomendación de tu párroco. De ser así, tenlo por seguro que con ese tipo de pensamiento antes que llegar al infierno vas a llegar a un estado de paranoia peligrosa de tanto estar frenàndote en algo que es natural y divino.

¿Cómo es posible que teniendo ya 33 años aun sigas pensando que el hacer ese tipo de cositas puede ser pecado? De seguir así, nada raro que te vuelvas marulo, y que dentro de poco tengas que estar mordiendo almohadas mientras otro se encargue de soplarte la nuca.

¿O será que siempre fuiste así, y sólo te hacías el machito para apantallar a los giles? Porque a pesar de que a veces te las dabas de t'anta galàn con las tomateras del mercado Rodríguez, acaso haya sido porque lo que realmente te gustaba era estar cerca

de los cargadores, que siempre han sido una especie de hobby para vos.

Y ahora vienes con esa macana de que hay que llegar puro, casto y Virgilio ante el cura y el notario, como si uno no pudiese echarse sus breves entrenamientos físicos con las que sabemos, y hasta con las que desconocemos, con tal de ir adquiriendo práctica en estas faenas.

¿Acaso no has visto cómo tu hermana, teniendo un kilometraje más extenso que Ayrton Senna y Fittipaldi juntos, hizo tabla rasa con todos los perejiles que se le han cruzado en su camino sin haber dejado gorro que no se lo haya comido, y cuando se casó, todos, hasta su machucante oficial, juraban que nunca habían visto una novia tan virginal e inocente como ella? Solamente ella pudo darse un lujito tan especial, y vos, que eres sangre de su sangre, deberías de haber seguido ese ejemplo tan edificante.

Aunque seas de su misma sangre, tal parece ser que no lo fueras, porque de pendorcho no tienes naranjas, y si bien es cierto que los años están pasando rápidamente por tus cabellos, desde wawa has sido un solterón en potencia, y eso no hay por qué discutirlo, puesto que se te nota a la legua. Ojo, dije a la legua y no a la lengua, para que te pongas a relamerte la boca como si te prepararas de antemano para saborear algo prohibido.

A pesar de que ya estás k'atito, tienes que reconocer que la Charolita, ésa que trabaja en el mercado Lanza, sección comideras, te está echando el ojo más de la cuenta. Y la otra noche que con ella estábamos basqueándole unos infames en lo de la Zaida, de caña me confesó que estaba dispuesta a hacer

cualquier cosa con tal de arrejuntarse contigo, siempre y cuando te animes a casarte con ella, para así estar segura de que, si vos te mueres, va a tener su parte en la repartija de tu herencia. ¡Más cojudo!... cuando te digo herencia, me estoy refiriendo a la parte que te toca de la casa de tus viejos.

Pero, como sigues haciéndote el huevas, mejor creo que me voy a ir a tomar a otra parte, porque si sigo charlando contigo puede que me contagies tu estado de cojudez, y dentro de un rato voy a querer estar mirándote por detrás de tu nuca, o que vos me lo quieras cantar karaoke agarrando el micrófono que tengo debajo de la cintura.

Aunque pensándolo bien, creo que te has echado a perder desde que has estado frecuentando la amistad de la Vaciona, y ese o esa cojudacha, sabes muy bien que no perdona, porque si no eres parte de su harén de clavadores, por lo menos tú tienes que ser uno más de ellos. Y vaya que esa birlocha se las arregla muy bien para conseguir la concretización de sus objetivos, porque todos sabemos muy bien que donde él, o ella —caramba, ya no sé cómo definirla— pone el ojo, coloca lo que tiene ubicado en la parte final de su columna vertebral.

Bueno, no sé por qué estoy perdiendo mi tiempo hablando contigo, puesto que si quieres morir Virgilio, allá vos. Lo que es a la Charolita no va a faltarle quien le frunza por el escape, mientras vos papando moscas nomás.

Y al final, me vale un bledo lo que hagas con tu vida, porque para tener amistades como la tuya, prefiero caminar solo, solterito, sin compromisos, y todo esto, en provisión nacional.

La Creación según Victor Hugo

Todos sabemos que en el espacio el tiempo es relativo. Da lo mismo un millón de siglos que un segundo. Pues bien, en un momento de esos, dios, aburrido de la oscuridad que le rodeaba, por si acaso dijo: "Que la luz se haga", ¡y la luz se hizo!

Entonces, dios descubrió que tenía poder, y como niño con juguete nuevo empezó a crear satélites, planetas, asteroides, sistemas planetarios, nebulosas, big bangs, meteoritos y galaxias. Al sexto día, dios vio que su Creación era buena.

Como para entonces a él ya le estaba molestando la vida nómada que llevaba, escogió lo mejor que había creado, o sea la Tierra, para que sea su morada. Como toda persona educada y hacendosa, la ordenó de acuerdo a los últimos chillidos de la moda. Creó ríos, aves, animales, brisas, nubes, plantas y manantiales... Al séptimo día, dios vio que su Creación era muy buena.

Una tarde, él estaba paseando por un vallecito donde en la actualidad queda Cochabamba sintiendo

cómo el aire le humedecía los pensamientos y el canto de las aves le alegraba el espíritu. Al doblar una esquina se encontró conmigo.

¡Vaya!, pensó, a este salvaje, ¿en qué instante lo he creado?

Entonces dios se vio a sí mismo y descubrió que él estaba hecho a mi imagen y semejanza. Y fue que en ese instante sintió miedo, porque así como él podía crear de la Nada cosas, temió que yo lo hubiese creado a él. Y en esos momentos sufrió un trauma psicológico porque comprendió que su creación era un fracaso, puesto que su poder no era tan ilimitado como parecía.

Y dios quiso vengarse de mí. Pero, como dudaba de la efectividad de su poder —dios es dios, además es una persona mucho más vieja que yo y por lo tanto tiene más experiencia—, ideó la mejor manera de cobrarse el hecho de que yo le haya destrozado sus esquemas. Dios creó a la mujer, para que sea ella la que, manejando mis sentimientos, me derrote las veces que le dé la gana.

Momento previo a la paranoia

La lucidez se aleja intermitentemente de mi cerebro y fantasmagóricas escenas vienen a perturbar la paz de mis pensamientos.

Tras la tormenta, ha llegado a brillar nuevamente en el cielo un escuálido sol que recuerda que aún estamos en primavera. La ciudad ha quedado regada por los despojos de la tormenta y no brillan ya los astros en el infinito. (Claro, cómo van a brillar si aún es de día).

Me imagino que eyaculo cada vez que afora en mí el sadismo; siento una humedad melosa en mi ropa interior, y hasta se podría decir que gozo internamente al ver el dolor ajeno. Pienso que si acaso no estaré despertando en mi ser lo llamados instintos sádicos. Y eso me asusta, (Aunque esto de asustarme parezca más irreal que la castidad de Blanca Nieves viviendo entre los siete enanos onanistas y depravados).

Anoche soñé con que la muerte se negaba a venir a buscarme. Ella, como toda persona que pertenece

al sexo femenino, se hizo la que no le importaba mi paso por este planeta llamado Tierra. Y en ese mismo sueño, soñé que empecé a flagelar a la muerte y ella se retorcía sumida en un éxtasis mezcla de dolor y placer.

Desperté y vi que la muerte seguía en mi lecho pidiendo que la siga golpeando. Abrí los ojos, pero ella ya se había ido.

No sé si estoy cuerdo o demente. Tal vez ambas cosas fundidas en una sola. Tampoco sé si lo que siento es placer, o tan sólo la necesidad de escribir algo que refleje lo que en estos momentos estoy sintiendo, y que si no los escribo, un sentimiento de locura invadirá mi cerebro. Y yo tendré miedo de haber nacido, a sabiendas de que nací estando muerto.

(Cochabamba, domingo 9 de febrero de 1986 / Horas 17.15 p.m. Tarde de sol, tras que se descargó la lluvia que me amargó el día entero, y que sólo calmó hace menos de una hora).

Sonco

Relato terminado del fin del mundo

No puede mirar la luna sin calcular la distancia
no puede mirar un árbol sin calcular la luna,
no puede mirar nada sin calcular el precio,
no puede mirar un mapa sin calcular la ruta,
no puede mirar su nombre sin calcular la ventaja,
no puede mirar su mapa sin calcular el riesgo.

Personajes

Relato de la vida cotidiana al fin del mundo

El hombre desayuna miedo. El miedo al almuerzo
atiende las calles. El miedo merienda:
Si usted ama tendrá sida.
Si fuma tendrá cáncer.
Si respira tendrá contaminación.
Si bebe tendrá accidentes.
Si come tendrá colesterol.
Si habla tendrá desempleo.
Si camina tendrá violencia.
Si piensa tendrá angustia.
Si duda tendrá locura.
Si siente tendrá soledad.

Viernes 3 del 3 del 2000, otra
vez que mis pensamientos están
tan hasta el epicentro de mis emociones,
siento que mi laberinto interior pierde
parte de sus brumas, mientras que me
asfixia y me atormenta, porque me falta
"algo" que solamente puedo hallar en el
[illegible] mío interior.

"La Sandra"

La boda había sido concertada para un primero de mayo en horas de la mañana. Las invitaciones fueron enviadas, el local contratado. El cura que iba a bendecir la ceremonia, desde tempranas horas estaba meditando en la sacristía de su parroquia, y el "nidito de amor" que los acogería para que den arranque a sus pasiones ya había sido reservado. En fin, todo estaba listo, y Sandra no cabía en sí de gozo, saboreando con anticipación todo cuanto se ha dado por llamar "amor prohibido", y que ella desconocía todavía.

El muchacho que dentro de pocas horas iba a ser su esposo era el hombre más formal de la ciudad, y como la respetaba hasta el delirio, nunca había querido besarla y mucho menos tener relaciones carnales con ella, puesto que quería llevarla a la cama después de haber cumplido con el sagrado deber del matrimonio. Esto era lo que más le gusto de él, y si otras "mujeres" se metían con cualquiera, ella iba a ser distinta.

Todo el dinero que ahorró, como prueba de confianza se lo entregó a su futuro esposo, el cual fue el encargado de comprar uno a uno los muebles que adornarían la casa en la que iban a vivir. También fue el encargado de hacer los preparativos para las distintas ceremonias, y cuando a veces ella hacía cálculos del dinero que le había entregado, el monto aproximado subía tanto que terminaba en una respetable suma de dinero. Recordaba con qué emoción recibía las noticias que su amado le daba: Ya he pagado parte del anticrético de nuestra futura casa (Felicidad). El notario ya ha sido apalabrado (Emoción intensa). Nuestra primera noche de casados va a ser inolvidable (Climax). Ya pagué el alquiler del local en que vamos a celebrar la fiesta (Paroxismo previo al orgasmo), etc., etc. Y si todo lo había dado, era porque sabía que era amada y nunca en la vida sería desgraciada.

Así que se midió por milésima vez el traje de novia que, sin que lo sepa su novio, se había hecho confeccionar, y al ver que desentonaba con su cuerpo y con su cara, pensó que eso era lo de menos, el amor es tan ciego que suele obviar esos detalles.

Llegó el día. A media mañana salió de su cuarto y se encaminó a las cercanías del templo en que sería bendecida como la mujer más feliz del mundo, llevando en sus manos un bulto que contenía el preciado traje que representaba la virginidad que hasta ese día había sabido conservar. A medida que caminaba, el nerviosismo le invadía al pensar si había aprendido a bailar correctamente el vals, y si el peinado que se había hecho hacer en el salón de belleza era el apropiado. Recordaba también cómo, anoche, al

despedirse con un apretón de manos del hombre que ahora iba a ser dueño de su vida, ella quiso ser besada y el otro le reconvino acremente. Le dijo que la frivolidad estaba afectándola al extremo de no poder contener sus ansias un día más, que no representaba ningún sacrificio... Sí, él tenía razón. Llegó al templo y pacientemente se sentó en una de las gradas de la entrada esperando la llegada de su novio y de sus invitados.

A la hora fijada para la ceremonia, nadie se hizo presente. Tras pensarlo muchas veces, estaba segura de que ésa era la iglesia en que iban a casarla, si incluso una noche su galán le había dicho: Este lugar marcará el inicio de la parte más linda de nuestras vidas... Y cuando vio que, después del medio día, iban a cerrar las puertas, presurosa se metió en la sacristía para averiguar noticias de su boda.

No existía ningún pliego matrimonial que consignara su nombre ni el de su amado. Además, su boda era imposible de realizar, puesto que el amor, por muy poderoso que sea, no podía aceptar ese tipo de matrimonios. No insista, usted no se casa hoy día ni nunca...

¿Será posible que él me haya engañado, a pesar de todas las cosas lindas que me ha dicho? No creo que sea tan perro para hacerme esta maldad... Si decía que prefería saberme pura y casta a tener que soportar la idea de que hubiese otro hombre en mi vida que haya saboreado todo cuanto se saborea en la noche de bodas... No creo que me haya perseguido por sacarme plata, puesto que todo lo que yo tenía, con gusto se lo he dado para que él corra con los gastos de nuestro casamiento... ¿O me habré

equivocado en la fecha? No, es en este primero de mayo, y la hora ya ha pasado... Si hasta el borrador de las invitaciones me ha hecho leer, no creo que me haga esto... O le habrán hecho su despedida de soltero y a estas horas está durmiendo en su cuarto completamente borracho. Mejor voy a buscarlo a su casa... pero, es inútil, tan enamorada estoy de él que nunca he querido saber dónde vivía, tenía miedo de que él lo tomara a mal y termine conmigo... ¿Será posible que él me haya engañado?...

Al llegar la media noche, y cuando el frío hacía temblar aún a los nevados eternos, Sandra emprendió el camino de retorno al miserable cuartucho que por las noches cobijaba su cansancio. Iba pensando en mil cosas y en nada.

En su mente se confundían el desengaño, la frustración y el dolor. La última esperanza que le quedaba, convencida a medias como estaba de que había sido vilmente engañada, era que por la mañana él iría a buscarla para pedirle perdón por haberle fallado... Sin muchas ilusiones que cultivar abrió la puerta de su cuarto, arrojó en un rincón el bulto que contenía su querido traje y sin cuidarse de que arruinaría su peinado y su maquillaje se tiró sobre la cama a llorar desenfrenadamente su desconsuelo.

Al día siguiente, al otro día, al siguiente, a la semana, al mes, al año, él nunca fue a tocar la puerta de su cuarto, ni la esperó en el parque donde tantas promesas de amor le había hecho.

Sandra empezó poco a poco a descuidarse de su persona, ya no iba a trabajar. Se llenó de deudas. La botaron de su trabajo. La echaron del cuarto en que vivía. De a poco fue sumergiéndose en el pozo

de la miseria, sin ganas de hacer nada. Solamente tenía fuerzas para dejar que el trago empiece a circular por medio de sus venas, mientras lloraba amargamente. Cada vez que el almanaque marca el primero de mayo; es imposible encontrarla sobria, o despejada. En esa fecha se embriaga hasta perder el poco pudor que le queda. Y si aún persiste en llorar por la traición. Sandra, la misma que mendiga centavos en la calle para mantener su vicio, no quiere comprender que ella no es la mujer que proclama ser, y que desde el instante en que su madre lo parió él es hombre. Y los homosexuales como él no pueden aspirar a formar un hogar similar al que forman las parejas que enamoran en los parques, los amantes que se dicen querer hasta en silencio, con hijos pequeños que juegan aferrados al delantal de la madre que cocina pensando en su marido...

(08.10.86)

El Chino Munachi

El Chino Munachi era mi amigo. Con él habíamos caminado juntos tantas veces por calles y avenidas buscando nuestro sustento sin recurrir al delito, que esa especie de orfandad nos hermanó más aún, siendo nuestra única fuente de ingresos pequeñas pastillas de clorato de potasio, las cuales, tiñéndolas con mercurio-cromo, las hacíamos pasar a los llockallas arrechos como yumbinas. Sabíamos que éstas no producían efecto alguno, pero, al Munachi y a mí, nos salvaban de morirnos de hambre, de sed —aquí viene lo de las cantinas— y de frío.

Gracias a mi amigo, conocí muchas cantinas de las que yo no había tenido conocimiento alguno; también me presentó a varias de sus caseras de comida, donde, por decir, a las tres de la madrugada, podíamos comer un plato de ají de fideos al debe, puesto que ellas lo conocían a mi cuate, y sabían que el Munachi era buen paganini. Aunque una medianoche me hizo pecar de café, cuando me dejaron

cuidando a un bebé de meses, mientras él acompañaba a su casera hasta las rieles para que haga baño, y yo, hecho un bolas tuve que estar casi media hora de guagüero, y vaya que el ch'iti gritaba como sirena de patrullero.

Con el Chino caminamos tantas y tantas veces, que de a poco me fue enseñando todo lo que la vida a él le había enseñado.

—Nunca te levantes en la calle lo que no es tuyo, no es necesario, porque la gileada siempre tiene sus chuis, y, vendiéndoles nuestras macanas, esos chichis van a ser nuestros —solía decirme, al tiempo que, viendo que una nueva mañana estaba llegando, agregaba—: Vamos, los giles nos esperan...

No quiero alabarme ni hacerme el pobre lipo, qué pena me da, pero mi amigo el Chino Munachi fue uno de los primeros que me adoptaron en mis jornadas desdichadas, y sin pedir nada más que lealtad y amistad, te enseñan lo que no aprendes en la escuela, al extremo que, en cierta ocasión, cuando estábamos echándole unos t'ujsillos en una cantinuela de la Pucarani, a los allí presentes les dijo:

—Éste es mi alumno —y yo tenía que decir que así era, porque en cierto modo, era la verdad.

Algunas noches, cuando el cansancio nos pedía un poco de reposo, solíamos ir a dormir a uno de los muchos tambos de las cercanías del mercado Rodríguez, y entre cargas de legumbres y cajas de tomates, oliendo patas, axilas, sudores y pedos, dormitábamos hasta más o menos las seis de la mañana, hora en que nos botaban, y de allí, a tomar un té —en vez del pan, un poco de trago—, y a planificar qué íbamos a hacer ese día.

Ahora que me han contado, no una sino varias personas, que él ha muerto intoxicado en la calle, y que no hay quién vaya a reclamar por sus restos, ojalá mi amigo el Chino Munachi, esté donde esté, encuentre esa tranquilidad que tanto necesitaba y que en la tierra no la halló jamás. Porque era un patayperro igual que este su alumno, como si el destino de ambos fuese caminar, siempre caminar, sin que importe el lugar al que uno se está dirigiendo. Sí, él fue uno de mis primeros maestros en esto de saber caminar por la noche y por la vida, y por lo tanto, creo que le debo algo de agradecimiento.

Mi enamorada

Si dicen que hay mujeres fatales, vampiresas, devoradoras, infartantes, y demás vainas, puede ser cierto, como también no. Me explico. De un tiempo a esta parte, vale decir, desde que tengo uso de razón, nunca había conocido una muchacha que aparte de ser todo lo aceptablemente buena que un ser subdesarrollado puede aspirar, cada día te llevaba hasta los umbrales de la lujuria y de la muerte.

Y es que una de las pocas exigencias que ella tenía para conmigo las veces que sus viejos no le daban permiso para ir a pasear por cualquier parte —¿dónde queda cualquier parte?—, era metemos al cine, y allí, meta a actualizarnos con todos los tejemanejes relativos a las artes camales. No hay que ser adivino para caer en cuenta de la clase de películas que veíamos, y que de tanto verlas, ya no encontrábamos nada novedoso en ellas, porque el chiste era puro besuqueo, relajo, y contorsionismo.

Mas, como ambos éramos hijitos decentes y maleducados, pronto nos aburríamos de ver dichas películas. Pero no podíamos hacer nada al respecto, porque en el barrio no había otro cine, y además éste tenía la ventaja de tener un baño aceptablemente cómodo, lo cual nos ahorraba el gasto que implicaba pagar un alojamiento.

Pero acompañarla hasta su casa era más que lúgubre y aterrador, a lo menos las noches en que, promediando las doce, nuestros pasos tenían que llevarnos hasta allí. Porque, claramente —yo al menos— podía escuchar cómo las almas de los que habían muerto sin cometer pecado alguno llamaban a las otras almas que querían compartir sus culpas, para disfrutarlas plenamente antes de arrepentirse como manda la ley.

Era entonces que yo me hacía la promesa de terminar para siempre con ella y de esta manera poder volver a vivir tranquilo, puesto que en esas noches —ojalá de ellas me quede sólo el recuerdo— perdía la noción del sueño, y mis ojos se negaban a cerrarse.

Pero, mientras más me lo proponía, las ganas de estar a su lado eran más intensas, y ni bien se me pasaba el susto, como huanaco iba a esperarla a la salida de su trabajo —creo que era dama de compañía porque le acompañaba a un viejito a hacerle las horas menos solitarias—, y el tormento comenzaba de nuevo. Poco a poco mis cabellos se fueron blanqueando imperceptiblemente, y si antes tenía miedo a los aparecidos, ya empezaba a temer hasta a los que no se me aparecían.

Y ahora que esta chachara ya está de buen tamaño, hay que abreviarla y decirles que ella vive en

la calle ubicada atrás del cementerio. Justo en la esquina donde está ubicado el cine porno de la zona y la funeraria El Buen Morir. Con eso creo que está aclarado todo. Claro, no estaría demás aclarar que, así como sus tíos son los dueños del cine, su hermana mayor es propietaria de las pompas fúnebres, y la mamá es la dueña de la tienda ubicada entre ambos locales, y que da justamente a la puerta de salida del campo santo.

Calígula 2000

Bienaventurados los negros de espíritu,
porque ellos resucitarán dos veces.
(Evangelio apócrifo de San Judas Iscariote)

Pase, caballero, señora, joven, señorita. Deténganse tan sólo unos minutos ante este pequeño teatro de la calle, donde, a cambio de un poco de su tiempo, ustedes se van a llevar lo mejor de mi espectáculo, la risa y la alegría que, como todos ustedes muy bien saben, es lo mejor que nos puede ofrecer la vida.

No me tengan miedo, porque yo no me los voy a comer a ninguno de ustedes, y aunque en el público presente hay varias señoritas que están para ser devoradas de un solo bocado, yo no voy a hacer eso, puesto que —como soy vegetariano— la carne me está prohibida; y, además, mi mujer es celosa, y es capaz de mandarme al hospital para que me hagan una soldadura de huesos.

Acérquense nomás, estimados caballeros, que mientras me cambio un poco las ropas y me maquillo, podrán apreciar el espectáculo completamente gratis, mi espectáculo es único y no lo van a volver a ver en ningún otro lugar. Mi espectáculo es sorprendente, es maravilloso, y cómo no va a ser así, si yo soy el único empresario que lo ha inventado; y además, soy la estrella, y de yapa, también soy el único que no recibe ninguna clase de críticas, porque al que intente criticarme, soy capaz de hacerle casar con mi madrastra, y a ver si así logro deshacerme de ese vejestorio.

Como todos ustedes podrán apreciar, ya nos hemos puesto este buzo ancho y brillante, y esta camisa que de tan florida, parece ser un jardín portátil. Mientras nos pintamos la cara para estar preparados y así iniciar nuestro trabajo, permítanme presentarme, puesto que quien les habla, es el gran payaso Calígula, internacionalmente conocido, porque con mi espectáculo he visitado varios países como Viacha, El Alto, El Tejar, Munaypata y Achachicala; y quien acaba de regresar de una triunfal gira por países diversos como Vino Tinto, Achacachi, Tejada Alpacoma y Tembladerani.

Y en esta oportunidad, completamente gratis, les hará reír hasta que se orinen en sus pantalones, porque como se dice vulgarmente, cuando yo estoy trabajando, "Calígula 2000" como me llaman, soy tan peligroso que me puedo violar a mi mismo.

Es la triste suerte del payaso hacer reír en esta vida...

Pues bien, señoras y señores, ahora que ya estamos preparados, y antes de dar inicio? mi espectáculo,

vamos a arreglar un poquito nuestro escenario, para que todos puedan ver tranquilos mi trabajo.

A ver, en este lado, las personas inteligentes pónganse a la rectura de mi mano derecha... Eso les había gustado, ¿no?, digo inteligentes y todítos forman fila... Los que son educados pónganse a la línea que marca mi mano izquierda... ¡claro!, se les dice educados y rapidito hacen caso, pero les aseguro que si yo, en este instante les digo una mala palabra, estoy seguro que me pueden mandar al carajo, sean educados o no.

Así está muy bien. Ahora por este otro lado nos vamos, y las personas superdotadas, es decir, todas aquellas personas que en menos de medio minuto puede hacer mil multiplicaciones mentales, colóquense a la rectura de mi mano derecha... ¡claro!, todos son superdotados, pero, si miramos sus libretas escolares, esas libretas deben parecer almanaques, de tanto feriado que tienen... y ya nomás, los demás se me están alineando en la línea que indica mi mano izquierda, porque si están esperando que les diga algo agradable están esperando en vano, por eso, todos los maricones agreguense a esta fila... ¿vieron? Hay cualquier cantidad de maricones.

No, no, no, no vayan a pensar que los caballeros de este lado sean maricones, no, ellos no son maricones; antes eran, pero ahora ya no, es que, como hay tanta competencia...

Pero, no se vayan a preocupar, porque esto no les va a costar un solo centavo, es más, yo no necesito plata, si ustedes quieren yo les puedo regalar plata, si dinero es lo que me sobra.

Muy bien ahora que estamos más cómodos, ubicados en el mejor teatro que existe en la ciudad de La Paz, y es esta plaza de San Francisco, porque, en nuestro país, llega un artista extranjero, le dan el Hotel Presidente, el Coliseo Cerrado, o el Estadio Olímpico.

Por ejemplo, hace algunos meses llegó a nuestra ciudad un negro más negro que el carbón. ¿Cómo se llamaba? Sí, el General, un negro que ni siquiera debe tener sus 20 años, y hasta grado tiene: ¡General!, con esa cara de negro, ni para heladero, pero, cuando llegó al aeropuerto de El Alto, le han ido a esperar tres mil señoritas, dos mil varones, y mil maricones. Yo también fui, pero no por maricón, quería ver lo que pasaba, y cuando su avión llegó y se abrieron sus puertas y salió el General, hubiesen visto cómo reaccionaron las chicas:

—Vean, chicas, mírenlo al negrito, que bien le queda su uniforme, y había sido negro; seguramente todo lo tiene negro, y qué negro es...

Y los chicos, y los maricones, eran la muerte. Había que verlos a estos jovencitos, como éste que estoy señalando, gritando más que en el... Y a ese negro, ¿dónde lo han alojado? Claro, en la suite presidencial, y para sus actuaciones, han cobrado 50 dólares por persona.

A ver, si yo les quiero cobrar 50 dólares para ver mi trabajo, ¿me pagarían? No, de eso estoy seguro. Cuando yo llegué, hace unos días, del hermano departamento de Potosí, nadie, absolutamente

nadie, ni mi perro me han venido a esperar en El Alto, en la Terminal de flotas de El Alto les digo, y cuando fui a pedir que me den un teatro para actuar, miren lo que me han dado... la plaza de San Francisco.

Hace algunos meses atrás, llegó el Grupo Menudo, y 50 mil personas han ido al estadio para verlos. Han llegado los Parchis, Chayane, Wilkins, y la gente se mataba para ir a verlos; y cuando llego yo, apenas dos personas vienen a verme actuar; la señora de la esquina a la que le debo de dos platos de comida, y mi dueño de casa, al que le debo el alquiler.

(Mil horas han debido de transcurrir desde el momento en que me encerraron en esta celda, y a cáda instante que escucho el chirriar metálico de la reja, siento un no se qué en el estómago, y parece que se me frunce el culo, porque tengo miedo que sean los que van a venir a llevarme, y como de costumbre, al volverme a traer, tengan que arrastrarme por los pasillos, mientras yo esté pidiendo perdón a mis padrastros por un delito que no he cometido.

No me creen cuando les juro que soy inocente. Por el contrario, cada vez que me persigno para demostrarles la validez de mi juramento, violentos golpes me vuelven a la realidad de que mi inocencia no sirve para nada. He perdido la cuenta de las preguntas que me han hecho. De continuar esta situación, y para no sufrir más, creo que voy a tener que aceptar todo cuanto me digan, porque si por decirles la verdad sólo dolores me han causado, mintiéndoles puede que el trato sea mejor y, en algún momento me devuelvan lo único valioso que tengo: mi libertad.)

En la lejana India, allí donde las personas para viajar de un lugar a otro tienen que hacerlo en elefantes, porque allí no conocen ni la carretilla, mi trabajo solamente lo hacen los faquires... ¿saben quiénes son los faquires?, son aquellas personas que con el poder de sus mentes han anulado el dolor de sus cuerpos, y precisamente es eso lo que ustedes van a ver esta tarde.

Como verán, ya están listos mis instrumentos de trabajo, y hoy van a ver cómo yo voy a botar fuego de mi boca de hasta veinte metros de altura. Más alto no lo puedo hacer, porque no quiero que me suceda lo que me pasó en la ciudad de Santa Cruz, donde estuve la semana pasada trabajando, y cuando boté fuego a quinientos metros de altura, justo pasó un avión volando, y se quemó su cola...

También me voy a atravesar las orejas, los brazos, y el cuello, con esas agujas que están ahí, en el piso, y esto, como ustedes saben, es peligroso, y corriendo ese peligro lo voy a realizar, porque, como verán, esas agujas no están desinfectadas, y yo puedo enfermarme fácilmente.

Pero eso no es todo, porque sobre esos vidrios rotos que ven en el piso, yo voy a caer de espaldas después de dar un triple salto mortal, y para que vean que no es broma lo que les digo, voy a invitar a dos caballeros del distinguido público presente, para que estando yo de espaldas sobre los vidrios, se suban a mi pecho, y bailen malambo en mi encima.

Y para finalizar con broche de oro mi espectáculo, esos tubos fluorescentes que ven ahí, me los voy a comer sin sal ni azúcar; y, después, voy a ensuciar focos de cien watts de potencia.

¿No me creen? Pues, les juro que lo van a ver, y nuevamente, guarden su plata, porque, como les dije, yo no les voy a cobrar un solo centavo. Tienes plata, quédate; ¿no tienes plata? También quédate, porque esto es gratis, puesto que a mí, el dinero es lo que me sobra.

(La Estela tiene la culpa de todo esto, si no me hubiese insistido tanto en que vayamos a tomarnos unos tragos al cuarto de la Irene, nada malo hubiese pasado. Esa noche me han hecho farrear de tal manera... y como yo estaba con la panza vacía, ya que no había comido nada, porque esa zonza de la Estela, de tanto apresurarme ni siquiera me dio desayuno, en dos patadas ya estaba borracho, y, claro, a cada rato me dormía, y la Irene meta a fregar "que vas a ser mi compadre, yo siempre he pensado en ustedes", y lo único que recuerdo es que ya nomas era de noche, y la Estela y la Irene, estaban que "servite, papito, compadrito, ay, qué feliz estoy de que por fin mi hijita va a ser bautizada".

Puras macanas. Porque cuando reaccioné, las dos mujeres me estaban acusando de haber hecho huevadas con la chiquita, y eso es mentira, porque la misma Estela sabe muy bien que apenas tomo un trago, las mujeres ya no me interesan, y lo único importante para mí es el trago. Además, y esto me lo dijo el médico, por el accidente que he sufrido en la Autopista, mi pajarito nunca más va a levantar vuelo.

Y ahora dicen que he violado a una niña, y que con un cuchillo a las dos mujeres las había amenazado, y la que más leña ha echado ha sido la Estela, porque como ella sabe que yo sé que se ha metido con el Antawaras, ésta era la mejor manera de librarse de mí.)

Oiga, señorita, ¿cómo puede ser posible que se deje abrazar con ese tipo cara de abarca? ¿Acaso no hay mejores oportunidades? Una señorita tan bonita con semejante adefesio. ¡Vamos! Si no le caigo mal, después de mi actuación le puedo invitar a cenar al mejor hotel de La Paz, y no como ese monolito al Merlán.

Bueno, damas y caballeros. Este caballerito da inicio a la función numero cien mil de su carrera profesional, y como todo artista que se respete, les pido gentilmente que me obsequien con el alimento que nos levanta la moral a los artistas, y eso tan sólo es un voto de aplausos...

Gracias, muchas gracias, aunque yo esperaba que esos aplausos durasen por lo menos media hora, pero no soy exigente. Por lo tanto, repitan esos aplausos, y háganlo con entusiasmo. Usted, joven, sí, usted, deje de hacer empanaditas con su chica y aplauda más que los demás; y ese joven que está metiendo la mano en un bolsillo que no le pertenece, mejor se pone a aplaudir, porque de lo contrario a chicotazo limpio le voy a enseñar a no tocar lo que no le pertenece.

Sí, a usted le digo, porque en mi espectáculo lo único que se puede robar es el cariño del público, así que, mucho cuidado, porque puedo llamar a un uniformado, aunque sea heladero, para que lo cargue como si fuera un bulto cualquiera... Mentira, ese joven es mi ayudante, y él sabe que si no se deja tratar mal, no hay sueldo.

(Tiene que haber sido el Antawaras, porque desde la mañana nos estaba siguiendo de lejos a la Estela y a mí, y como ese desgraciado me la tiene jurada, con otros amigos me ha hecho saber que si no me

separo de la Estela, me va a hacer una maldad de la que no me voy a olvidar nunca.

En fin, que venga lo que tenga que venir, el hombre tiene que sabérselas aguantar aunque el cuerpo ya no quiera resistir tantos golpes...)

Dando inicio a mi espectáculo, y a manera de calentar la garganta para después echar fuego de hasta veinte metros de altura —los que desconfían pueden medir la altura—, permítanme dedicarles un valsecito peruano. Ojo, a manera de entrenamiento, he dicho, porque para cantar solamente los mudos son las personas más indicadas.

Riendo voy por la vida, tratando de ocultar mi pobre pena...

BBC.
Borracho Bien Conocido

Por enésima vez lo han botado de la cantina, y eso parece que al T'unku le tiene sin cuidado, porque habiendo tantas cantinas, que le echen de una acelera su llegada a las demás que le están esperando.

Mientras camina hacia Las Liceras, busca entre sus bolsillos algo de dinero y recién sale de su sopor etílico para recordar que desde hace días no tiene ni una miserable moneda con la que por lo menos pueda pagar su ingreso al baño de la esquina, y no tener que estar meando clandestinamente, como si estuviese lavando la llanta del k'arcancho que está estacionado al lado de la acera.

De lejitos llegan hasta sus oídos las peroratas que un grupo de iluminados celestiales echan sobre los que transitan las calles, y él piensa que si persiste en permanecer deliciosamente borrachito y enamorado, el resto de las cosas mundanas y celestiales, bien pueden ser relegadas hasta nuevo aviso.

Una tenue oscuridad ya comenzó a adueñarse de la ciudad, y más de uno de sus pobladores se ha dado cuenta que la noche está llegando. El hombre sigue su camino, y aunque lo hace incoherentemente, sus pasos saben dónde lo van a conducir. Tanto tiempo está dedicado a la valerosa misión de acabar con el alcohol, que le da un poco de flojera precisar cuántos años, meses y días son, teme que ese esfuerzo le despierte la sed que no pudo saciar en Las Liceras.

El saco que viste, percudido por el tiempo, y pringado por su continuo restregar por pisos, mesas y mostradores, ya ha perdido su color original y más que prenda de vestir parece formar parte integral de su cuerpo. Porque, a excepción del brazo derecho vacío que baila acompasadamente siguiendo el ritmo de sus pasos, el resto está apretujado contra su cuerpo formando una sola unidad.

Cuando comenzó a temblar convulsivamente, en medio del sopor que aun no lo había abandonado, comprendió que estaba desabrigado, y que el frío no respetaba la falta de alcohol en su cuerpo. Apresuró su caminar, si se apuraba un poco podía llegar hasta El Mirador, de donde también lo habían botado varias veces. Pero, si estaba el Eloisa, podía dejarle entrar siempre y cuando no moleste a los demás clientes mangueándoles tragos.

Llegando a la esquina, vio que las luces estaban encendidas. Entonces pensó que allí necesariamente deberían de estar los amigos, por lo que no faltaría un alma samaritana que le ayude a apagar la sed que le estaba quemando las entrañas, y que sumado a la

falta de ropas abrigadas, le habían activado su tembladerani.

Subió pesadamente las gradas — el local estaba en un segundo piso —, y una vez que hubo penetrado, reconoció en medio de la bruma al Cosmética, quien lo llamó por su nombre, al tiempo que llenaba una copa con trago.

Agarró la copa que le ofrecían y se la bebió de una vez. "Está bien cargadito", musitó hacia el Cosmética a manera de agradecimiento. Sentándose en una silla, se encerró nuevamente en sí mismo y puso cara de idiota — tal vez su propio rostro.

Rato después miró a los que estaban en la mesa como si lo que charlaban le interesara más de la cuenta. Cuando sintió que uno de los presentes miraba reiteradamente las ropas que vestía, se sintió incómodo. Disculpándose del amigo que lo había llamado a su mesa, y tras ponerse de pie, salió de la cantina y por poco no rueda aparatosamente por las gradas. Tras sacudirse un poco la tierra, prosiguió su camino buscando otra cantina donde sí lo conocían, puesto que en la que había abandonado, con excepción del Cosmética, para los demás, era un simple y anónimo desconocido.

Las tardes no tienen estrellas

Si éstas son las mujeres de la buena vida,
¿cómo serán las mujeres de la mala vida?
Ernesto Sábato

El helado que acercas a tu boca y que con desgano chupas, lejos de aliviar tu hambre, sólo te resfría el estómago y hace que recuerdes que durante todo este día —ya deben ser las cuatro de la tarde— no has comido nada. Si estás en este parque, no es porque te interese ver el partido de futbol, sino que albergas la leve esperanza de que alguno de tus dos llock'allas con los que estás trancando se aparezca por aquí, y de pura buena gente que son, te lleven al interior del mercadito vecino, para que puedas comer por lo menos un plato de comida.

Este sol no perdona chubascos anteriores, y como si estuviéramos en una época veraniega, cae inclemente sobre todos los que estamos sentados perdiendo nuestro tiempo, mirando sin ver, como esta docena

de anónimos que queman sus energías para ganarse una botella grande de Coca Cola. A pesar de que la pequeña blusa que estás puesta evita que tu cuerpo transpire mucho, no puedes dejar de incomodarte, porque tu sostén parece que quisiera apretar los latidos de tu corazón, y tú —esto me lo manifiestas a cada rato— ya no puedes volar y volar buscando quién sabe qué cosas, y sabrá el diablo perdiendo qué oportunidades.

Por labios ajenos me enteré que te llamas Ana María y calculo —intuición mía— que debes estar transitando a los dieciséis años. Tu pantalón, demasiado ajustado para tu cuerpo, aún no puede dibujar aquellas formas que solamente el paso de los hombres y los años suelen modelar. Por eso resulta divertido observar las ínfulas de mujer experta y vivida que asumes, cuando el ojo más experto puede descubrir en tu rostro los rasgos inequívocos de una no muy lejana infancia.

Quienes se animan a observarnos mientras pasan por el lugar en que tú, tus amigos y amigas, los desconocidos y yo estamos sentados, lo hacen con cierto recelo y desconfianza. Saben muy bien que no somos personas dignas de confianza; y si bien es cierto que tus amigos están a la pesca de la menor posibilidad de hacerse de unos pesos sin trabajar mucho que digamos, a tus amigas les da igual emborracharse con desconocidos en cualquier boliche, o encamarse con cualquier hombre que les ofrezca más de diez pesos por el sacrificio de abrir las piernas.

De mí mejor no hablemos, es tiempo perdido. Te confieso que, aunque para ti ese detalle es fundamental, a mí no me causó gracia enterarme de que

de los dos tanta galanes que tienes, de uno te gusta lo que el otro no tiene, y viceversa. Pero sarcásticamente comentas que de los dos te encanta esito que lo tienen ubicado al sur del ombligo.

No entiendo cómo una muchacha de tu edad tenga por máximo anhelo la esperanza de reunirse una noche en un cuarto de alojamiento, con todos sus amigos y amigas para volar y volar, y después que venga lo que tiene que venir.

Esa mal disimulada tosecilla no es muy halagüeña que digamos. Y más aún si estás con ganas de ir hasta Mallasa, para pasar allí los tres días de la fiesta del lugar, metida en esas carpas donde solamente venden chicha, cerveza y trago, así, mal abrigada como estás, y peor aún en estos días cuando los llock'allas están mojando a las mellas que da un encanto, pretextando que estamos en pleno Carnaval.

Chica, no puedo menos que pensar que hasta tus pulgas deben de estar enojadas contigo por el trato que le estás dando a ese cuerpito que merece mejores tratos. Es más, el pañuelo que llevas anudado a tu cuello y que, dicho sea de paso, está sucio, lejos de darte un toque sensual, deja traslucir el chupón que tienes ahí. Lo cual es signo inequívoco de que tus relaciones estrictamente personales las realizas tal como Dios manda y el diablo las impone.

A todo esto, por lo poco que sé de ti, aparte de tu nombre, y por tus palabras, puedo colegir que tus relaciones familiares se han roto no hace mucho. Y ante la carencia de un techo propio donde ir a dormir, has visto desfilar muchas personas por entremedio de tus intimidades, mientras ellos se cobraban el supuesto alquiler por alojarte una noche en sus cuartos.

Y tu boca, esa boca con la que melosamente dices: "Gracias, amiguito" al que te ha invitado un heladillo, y mandas a la mierda al que no lo hace, ha besado tantas bocas, que ya has perdido aquella sutil sensación que paladeabas al dar un beso fingido, o un beso emocionado.

No encuentro justificativo valedero para explicarme el porqué de tu conducta. Por lo que me cuentas, te gusta ir los viernes, sábados y domingos a las chojchotecas a bailar como si te pagaran, y los demás días de la semana, si es que no vas al cine, vienes a este parque a perder tu tiempo con tus amistades, y te pones a parlotear de romances pasajeros, robos, sexo, alcohol, thinner, y otras vainas. Mientras que por las noches, cuando el bullicio se adormece ante las sombras y la sociedad cierra sus ojos ante la podredumbre humana, tú también pierdes la poca ingenuidad que te queda, soportando en tu vientre anónimos pesos insaciables, y en vez de soñar con fábulas y fantasías, te pierdes en medio de las pesadillas que el thinner ha creado en tu subdesarrollado cerebro.

Hay muchas cosas que mi entorpecido entendimiento no puede comprender todavía, y ésta es una de ellas: que me tenga que preocupar por vos, justo cuando un perejil cualquiera te ha llamado desde el frente, gritando otro nombre y no con el que has sido bautizada. Tras acercarse, sin saludarte siquiera te ha plantado tremendo beso en la boca, y tomando una de tus manos te ha hecho poner de pie mientras te hablaba de cosas que no entendí, porque el baboso no hacía más que acariciarte el par de pezoncitos que tienes, a los cuales les falta un tantazo más de

tiempo para que puedan amenazar con romper las costuras de tu sostén

Empanadeando —o, como dicen los giles y perejiles, "haciendo empanaditas"— como si fuesen una pareja de enamorados, te veo alejarte rumbo a la salida del parque, y mientras en el horizonte no observo ninguna estrella, tengo la inútil esperanza de que ese gil no te haga ver las estrellas allí donde te está conduciendo, y que no debe de ser un lugar muy recomendable que digamos.

Cara de Piedra

Listo, después de habernos lavado el cabello y parte del cuerpo, hay que nomás vestirse para ir primero al Merlán a tirarle un almuerzo y después al cine México, que como bien lo sabemos los gíes que estamos aquí en El Chume, todos los martes estrena una película. Ahora están pasando los éxitos de Sandro, hay que ir temprano, de lo contrario vamos a tener que aguantarnos las ganas, puesto que a ninguno de nosotros nos hace gracia alguna el tener que estar comprando las entradas de los revendedores.

Y vaya que es necesario ir esta tarde al cine, porque el sol que estaba cayendo generoso sobre El Chume y sus alrededores, se está echando su siesta entre medio de un manojo de nubes, y de allá lejos —nadie sabe de dónde—, negras nubes están llegando hasta nosotros. Nada raro que nos pesque una lluviecita de ésas, que si no estás a buen recaudo, tranquilamente te puedes mojar hasta la conciencia.

Pero estando bien nomás la lavada que le hemos echado aprovechando que la mañana amaneció soleada; así pudimos lavar también nuestras ropas, que, para ser sinceros, no se diferenciaban en nada de las ropas sucias de los mecánicos. Sí, creo que a todos, y a mí en especial, ya nos daba asco el tener que según poniéndonos ropas tan sucias y malolientes, que a veces, con el Loro Chapista, nos veíamos en la penosa necesidad de usar bolitas de naftalina a manera de desodorante para disimular el mal aroma. Y parece que era contraproducente, porque el olor crecía en tal intensidad que hasta nuestros piojos se tenían que tapar las narices.

Pero, ahora que ya estamos limpios y lavaditos, recién podemos darnos el lujo de caminar por las calles, notando que más bien, la gente que pasa por nuestro lado, huele peor que lo que nosotros olíamos hace unas tres horas.

Siempre que puedo, me gusta venir hasta El Chume para hacerme el aseo personal, porque, aparte de que no cuesta nada, uno puede echarse un breve descanso mientras secan las ropas, pero sin intentar dormir, porque ahí puede ser que un amigo desconocido se las lleve, y tengamos que esperar hasta la noche, para caminar k'alanchos hasta la casa de algún amigo desconocido que nos regale algunas ropas viejas que sirvan para tapar lo que los giles llaman nuestras desnudeces.

Que no hayamos lavado nuestras ropas durante mucho tiempo, no ha sido por desidia ni negligencia, sino que, como estamos viviendo en el Tambo del Mudo, allí no se conoce el agua. Es más, ni siquiera tiene baño, por lo que, cuando uno tiene ganas de

mojar las llantas de un auto, tiene que hacer precisamente eso, lavar las llantas de un auto, de lo contrario, va a tener que hacerlo nomás en sus pantalones. Y si es el estómago el que protesta, ahí sí que se pone fea la cosa, porque, o bien va a buscar una cantina de esas que amanecen durante toda la noche, o un callejón oscuro, o unas tarimas abandonadas, para allí vaciar las tripas, siempre y cuando no vengan a interrumpir los de la ley. La vida es triste para la persona que se hace pescar.

En cambio, ahora ya estamos limpios, y hay nomás que meterle a patachín hasta el Merlán y llegando allí, echarle un tremendo almuerzo de luca quivo, porque no nos alcanza el dinero, ya que en las pensiones el plato de comida está por los cinco lucas, y para ese tipo de presupuesto no están nuestros bolsillos.

Para venir hasta El Chume hay que tener suerte, porque si amanece nublado o con lluvia, nica que uno se anime. Una mañana en que nos hicimos los machitos, entre el Comegato, el Muletas y yo, ni bien habíamos acabado de exprimir nuestras ropas, se desató una lluvia de ésas, que hasta las tres de la tarde no calmaba para nada. Mojándonos más de lo que estábamos, con nuestras ropas hechas pomada, a medio trote nos fuimos hasta el cine Murillo, y en el gallinero nos pusimos meta a temblar (y eso que estaba lleno) hasta que acaben las dos películas. Y cuando acabaron, nos dio un empute bárbaro, porque al salir, el cielo estaba completamente despejado, y a esa hora el sol ya se estaba metiendo tras el Illimani. Demás está agregar que los tres cojudos nos resfriamos que daba pena, y al que más

le afectó fue al Comegato, porque al día siguiente estaba para el perro.

Mas, ahora, el sol está pintudo, y la caminata nos va a sentar bien, porque como le hemos echado nuestros regulos mientras nos lavábamos, caminando nos vamos a despejar, y al llegar al cine vamos a poder disfrutar de las películas sin que nos ataque el sueño, y no como este Cara de Piedra, que de rato en rato está cometeando, y desde esta mañana está comiendo habas tostadas como contratado, porque dice que quiere estar preparado para comenzar a gasificar ni bien lleguemos al gallinero del cine.

Y no sería la primera vez, porque se le ha hecho costumbre eso de que todos los martes tengamos que bajar hasta El Chume a lavar nuestras ropas y nuestros cuerpos, y después, al Merlán, y una vez forradas nuestras pancitas, al cine. Una vez allí, el penderejil del Cara de Piedra, que previamente se ha aprovisionado de ingentes bolsitas de habas fritas, meta a hacer escapar a la gente con los tremendos gases que se echa, y que el muy higiénico cree que todos los allí presentes están obligados a oírlos y soportarlos.

Y no es que uno se quiera hacer el muy higiénico que se diga ni cosa parecida. Lo que pasa es que, como es día de estreno, y si para platea no hay entradas, para gallinero la cosa es peor. Como son simples tablones los que sirven de butacas, uno tiene que estar apretándose que da un encanto. No se puede respirar ni un poquito de aire puro, porque hasta el más lelo se puede dar cuenta que nuestros vecinos no son tan limpios como nosotros, porque sus cuerpos sudan que es una maravilla, y ni qué decir de sus pies.

El olor a patas es parecida al de las latas de pescado podrido mezclado con comidas fermentadas. No tiene parangón alguno con olores conocidos ni por conocer. Y si sumamos a esto el aroma de las axilas y los cabellos mal lavados, o que no han sido aseados nunca, y yapadito de unos alientos no muy agradables que digamos, hacen del gallinero el lugar más recomendable en cuanto a estrenos de películas se refiere.

Es verdad que muchos changos vienen a estos estrenos, tanto del México, Murillo, y Madrid, solamente para chapar minas con las que se pueda ir a t'unquear al chojcho del k'eusa Marcelino. Pero los más vienen para dárselas de galanes, puesto que como parece que no tienen suerte con las cafeteras de la Rodriguez, a veces consiguen alguito de compañia para matar sus soledades. Esto sucede muy raras veces, porque las minucas siempre suelen venir con sus t'anta galanes, y molestarlas un cacho, es sacada de mierda en el pasillo del mismo cine, y hay que tener cuidado, porque estos llock'allas siempre manejan puntas, y si uno se descuida, ya era su hachazo en el pecho o las piernas.

Mas, dejándonos de tanta chachara y chismerío, es hora de empezar con la retirada honrosa, porque este desgraciado del Cara de Piedra ha comenzado con su ataque, mientras grita:

—Todos los hombres vamos a ir a la guerra, y como las mujeres en las noches van a tener que dormir solas, a falta de varones, van a tener que dormir agarradas de sus botellas vacías y de sus velas.

La gente ha formado una especie de círculo a su alrededor, y muchos han optado por salir del gallinero.

Pero a nosotros este detalle nos tiene sin cuidado, ya que el peine, si duerme cada noche con nosotros en el tambo del Mudo, y allí se quintea como solamente él sabe hacerlo, hemos aprendido a soportarlo, al extremo de que si lo hace o no, ya no nos afecta en nada.

¡Vamos a Las Tacas!

¡A ver, todos los serruchos ponerse de pie para ir a tomar sus primeros tragos del día! ¡Caramba, che! Estos bolas tristes no quieren hacer caso. ¿Será posible que rechacen una invitación para tomarse unos tacazos, lo suficientemente fuertes como para matar el sueño, y de paso galantearle a doña Angelita, que a pesar de que ya tiene sus cuarenta y tantos años, está como para que cualquiera se la fumigue patas al hombro, aunque el viejo Max se empute?

Pero si es bien sabido que ese vejete de mierda ya no sopla, y parece que ni el dedo le mete a su mujer, y la doñita hace meses que está pidiendo a gritos que le hagan fruncir su zapallo, cosa que al agraciado se lo va a agradecer infinitamente.

¡Cómo que ya está k'atita! K'atita es esa chulipa de museo con la que estás viviendo, y a la que de mal nombre le dicen la k'auka. Si ese traste está come para ser llauk'arado sin medida ni clemencia, y come es calentona, es capaz doña Angelita de besarle algo

más que las manos por hacerle el favor. Si el viejo Max no puede, hay que nomás hacer uso de la herramienta para ponerse al día, y de paso los cuates podemos tener trago gratis por una buena temporada.

¡Eso me está gustando! Ya somos cinco los que estamos yendo, y si cada uno coloca luca, tendremos para diez latas, y mientras llegan los artilleros como nosotros, nos va a estar alcanzado.

¡Hey, Caballo! ¿Tienes corajina? Está bien, porque metiéndole fuertecito podemos aguantar un tantazo más de tiempo, y para cuando vayamos a la chicheria de doña Blanca, vamos a estar semi tundiquis, mientras lo mandamos al Ojitos en comisión para que vaya a hacer negocios a La Cancha.

Aunque, pensándolo bien, si es que aparece el tío Pitillo, nadie le va a llamar, ese conchudo siempre nos manguea, y cuando ve que estamos cargados, e incluso muchos de los cuates sin merca, él sólito se pide sus tragos y no te salva ni con dos cepillos de dientes para que uno se pueda levantar.

Todos sabemos que el tío Pitillo es una mierda de gente, ¿o acaso no se acuerdan de la maldad que le ha hecho al Paucaras, cuando éste estaba cargado de guita? El tío Pitillos estaba cargado con harta merca: manteles, cintas para vestidos, llaveros, y demás vainas, y al Paucaras, que estaba sin ch'ulla, no le ha querido salvar. Por eso, si quiere acercarse donde nosotros, le vamos a hacer puente, y que se vaya a tomar sus tacas a otro rincón. Y vos, Rodo, cuidadito que quieras ser su Salvatore Adamo del tío ése, porque sabes que a vos también te podemos poner al hielo.

¡Doña Angelita, diez tacas para este grupo de sedientos, y mejor si están bien cargaditos y calientitos

como para hacer arder las tripas! Oye, Chui, y ahora, ¿qué estás vendiendo?, ¿curitas de a diez por luca? Pero si eso ya está quemado, porque hasta el Chino lo está barateando, y creo que está rematándolas a quince por luquita.

Pero, si la cajita saca a siete, ¿qué ganará ese pendorcho, no? O es que por joda es que está sabo-teando a los cuates, y se está manteniendo con la venta de sus k'alandarios de tres por quivo. Puede ser eso, porque haciendo cuentas de lo que se toma aquí en Las Tacas, donde doña Blanca, en las Estrellas, su morfe, y lo que le mantiene a la Tojo Alicia, y lo que tiene que pagar en el teelo, de alguna manera tiene que ganar sus mortacos y no cagar pilas como el viejo Milton.

Ya, oye. Mok'o Candados, está bien que le hagas el peine con la gileada, pero no hagas puente a los cumpas, porque al final de cuentas, hasta ahuita no has puesto tu cuota, y a cada rato te estás asegurando como si pensaras que nadie se está dando cuenta.

No sé quién ha sido el que me estaba contando en Las Estrellas que el Panteras se ha ido al mundial. Desde que se ha separado de su percanta le estaba metiendo duro donde la mamá Justina, y a pesar de que esa vieja de porquería, cuando le conviene, vende sus tragos recontra fuertes, y como ya casi no comía, de seguro le ha agarrado serrucho.

¡Cuál doctora!, esa veterana en vez de curarnos lo único que hace es matarnos con sus venenos aguardentosos, y a pesar de que una de sus nietas, ésa, la flaquita pintuda que cada medio día va a visitarla agarrada de su wawa ya la ha vuelto bisabuela, la veteca se cree que es doncella todavía, y que por

lo tanto puede seguir galanteando con su mantenido de chivito. ¡Ah, ese gil no sé cómo se llama! Vos, Tojo Milton, lo conoces, así que no te hagas, y de una vez hace circular el trago, que este caballerito que habla se está secando por la falta de combustible.

Hablando en pepas, doña Angelita tiene mejor cuerpito que la doctora Justina, es mucho más joven, es más popular, no está tan usada, no se hace la angosta cuando en lo de la Yayita se le invita unas chichitas. Y lo que es mejor —aunque a ustedes les escueza el culo de envidia—, me tira pelota, porque sabe que yo soy educadito y cariñoso, sin dejar por esto de ser hijo de la chingada. ¡Salud! Y al que le toca su trago, que pitee rápido, porque si no se le hace puente, y después, aunque se queje a su abuela.

Como les estaba diciendo, alguien me contó que el Panteras ya está escabeche, incluso había estado un buen tantazo de tiempo botado en la morgue sin que nadie avise a su viejo y a los cuates. ¡Claro que era chango todavía! Yo creo que estaba por los treinta y tantos, y lo que le ha debido de afectar puede que haya sido que en el telo, como se recogía bien yuca, se tironeaba sobre la payasa, y así nomás se quedaba dormido. ¡Ah, Caballo penderegil, si vos sabías del Panteras, por qué diablos no has avisado a los demás, conchudo. ¡Nada raro que cuando vos finiquites, tampoco el perro aúlle por tu ausencia!

"¡Ñito, regalame...!"

Este Pepe es un peine. Todos los santos días de la semana está aquí, en la Evaristo Valle, molestando a los que pasan con su característico: "Ñito, regálame". De tanto escucharlo, ya me ha llegado a emputar, porque ayer no le dio la gana de salvarme con unas cuantas lucas para que yo vaya a meterle una llamerada en el Merlán.

Y eso que somos cuates desde aquellos años en que yo era chango todavía, y el Pepe me llevaba por más de medio siglo de edad. Algunas veces, cuando yo me inventaba unos quivos extras en cualquier bolsillo, y él estaba k'ara baile, yo sabía invitarle hasta de mi mismo plato. Y ayer el desgraciado no ha querido que me alimente aunque sea un poco, más al contrario, me dijo que si me daba alguito, de segure que yo me iba a ir a tomar unos tragos infames donde doña Carmen Rosa.

Está bien, ojo por ojo y salvación por salvación se paga. No todas las veces él está con moneys, y

seguro que va a llegar el dia en que me pida que le preste unos morlacos, y ahí sí me la voy a cobrar diciéndole: "¿Quieres quivos? Jódase". Así nomás hay que ser con los malos amigos.

No es que yo sea malo, tengo que reconocer que el Pepe una vez me ha salvado de que yo quede t'isuqui por el frio y la lluvia, y, no teniendo dónde ir a dormir, él me alojó en ese callejón que hay en la casona donde él está como si fuera portero. El frio que estaba haciendo estaba malditango, y la lluvia que estaba cayendo del cielo (de dónde mas iba a caer, vaya que soy gil), ya me habia hecho t'anta, al extremo de que no habia ninguna diferencia entre un pescado y yo, aunque, pensándolo bien, yo estaba más mojado que garganta de sediento, y el Pepe estaba más seco que leña verde.

Su cuarto no era gran cosa, puesto que al constar de un techo seguro, y una puerta que a cada rato abrian los inquilinos, por lo menos iba a evitar que esa noche yo me siguiese bañando, como si el bañarse fuera una obligación.

La cama estaba compuesta por varios colchones de cartones viejos y dos frazadas que ya deberian de haber pasado a mejor vida, pero, dadas las circunstancias, esa noche me parecieron dignas de abrigar hasta a los dioses del Olimpo.

Yo tenia en mis bolsillos unos cuantos puchos que prestamente se los entregué al cumpa, quien me los agradeció como si fuera la primera vez que conocía el tabaco. Tras compartir de la comida que habia macheteado en una pensión, me eché a dormir soñando que estaba en una playa tostándome con los rayos solares de una tarde nublada.

Pero no se pudo dormir gran cosa, al poco rato sus piojos empezaron a pelear con los míos, y entre rascarme y rascarme, comenzó a amanecer y con mis ropas aún húmedas, bajé hasta el templo de San Francisco a echarme un poquito de sueño, esperando que el sol aparezca. (Por demás está agregar que ese día estuvo completamente nublado, y lo único que me calentó fue la bronca de tener que terminar de secar mis ropas en mi cuerpo).

Aunque este cuate parece que solamente se alimenta de las sobras que le regalan en las pensiones y confiterías de la zona, siempre se tira sus buenos banquetazos con esos platos que mi pobreza no permite que yo los coma. Aunque su casera del Merlán le cobra más que a los demás clientes, vieran la cantidad de carnes asadas, salchichas y papas fritas que le sirve cuando por las tardes entra al comedor popular a tirarse sus lomos montados.

¡Ni los ricos creo que comen como él! Como casi no le gusta invitar, para él sólito se pide una botella litrera de refresco, y de un jauk'e se torna el líquido, mientras los demás miran como opas. Creo que por mirar una vez cómo acababa su refresco, también he quedado semi cojudizado.

Pero, ¿qué le costaba salvarme con unas lucas para que yo vaya a matar mi hambre? Si nos ponemos a pensar que la cheva cuesta cinco tacos, el Pepe debe recaudar mínimamente sus cien morlacos contantes y sonantes y libres de impuestos. Lo que hace con su quivo solamente él lo sabe, y creo que a nadie le dirá si lo ha depositado en un banco, o lo ha ahorrado guardándoselo quién sabe dónde.

Una tristeza perdida en el silencio

La campiña estaba tranquila, el viento jugaba con el follaje de los árboles mientras las aves cantaban tras haber cumplido su jornada diaria de recolección de gusanitos para sus polluelos. El sol se perfilaba cerca del horizonte como si se estuviese despidiendo. El cielo estaba límpido y ni una sola nube empañaba ese cuadro tan perfecto, donde hasta las hojas que caían de los árboles desvistiéndolos se mecían tan suavemente como si no quisieran, al tocar el suelo, lastimar con su impacto tanta quietud.

De pronto, nadie podría asegurar cómo, un gigantesco remolino llegó a perturbar aquella escena. El bramar de mil toros furiosos no era tan potente como el estruendo de aquel remolino que pretendía destruir todo cuanto encontraba. El cielo se nubló rápidamente, las aves escondieron sus cabecitas bajo sus alas olvidándose incluso de proteger a sus polluelos; lo importante era salvar las plumas. Y como

no había un ser viviente en mil metros a la redonda, sólo la naturaleza fue testigo de aquella catástrofe.

Toda la armonía que hasta ese entonces adornaba el panorama desapareció como por encanto, o como efecto del enorme remolino, mientras el cielo iba oscureciéndose más y más, y daba miedo ser testigo de tanta desolación. Una insensible tormenta cayó tras que el inmenso remolino se hubo cansado de tanta destrucción y se diluyó cuando las primeras gotas le remojaron su epicentro. Esa tormenta borró instantáneamente las huellas de los pocos caminantes que hasta entonces habían transitado por los senderos del valle. (Era un valle, puesto que tenía todo cuanto un valle necesita poseer para ser denominado, como tal: montañas de poca elevación, variedad de árboles, variedad de aves, variedad de animales, variedad de climas, variedad de nubes en el día, y variedad de estrellas por la noche.)

Calmó la lluvia y el espectáculo era más deprimente todavía. Enormes charcos afeaban el piso, y el cielo nublado y gris ensombrecía todo. A intervalos, un rayo centelleaba en las alturas como si quisiera observar de una sola mirada si la destrucción había sido perfecta, mientras el tiempo seguía avanzando lentamente, tan lenta, que daba a entender que la tormenta le había afectado.

El sol quiso romper ese cerco antes de retirarse. Le dolía tanta desolación, pero sus intentos fueron vanos. Mas, uno de sus rayos que logró vencer tanta resistencia iluminó la figura de una mujer que estaba de pie cerca del camino que conduce al lugar donde van a yacer las últimas esperanzas. Su larga cabellera bailaba al compás de los vaivenes del viento.

que de haber estado tranquilo en un principio, ahora paseaba furioso por donde se le antojaba como si estuviera buscando qué más destruir para terminar lo que el descomunal remolino había comenzado.

Su largo vestido gris, gris como el panorama circundante, dibujaba los contornos de su cuerpo, mientras sus pies descalzos se habían cubierto con una gruesa capa de barro, pues ella tuvo que caminar mucho entre la tormenta para llegar al lugar en el que ahora estaba aguardando algo.

Sus lágrimas, suavemente —a pesar del viento— humedecían sus mejillas, y su rostro no manifestaba emoción alguna. Pero se podía adivinar, por la manera en que se estrujaba las manos, que algo mucho más grande que una simple pena la estaba aniquilando lentamente.

Estaba de pie, sola en medio de ese espectáculo, hasta se podría asegurar que sus pies estaban sangrando porque la caminata había sido larga y penosa bajo la tempestad. ¿Acaso los matorrales del trayecto que la trajo hasta aquí quisieron impedir que ella llegase a esta cita no planificada y mucho menos pensada? Parece que ni ella misma lo sabía, simplemente había sentido la necesidad de estar en estos momentos y en este lugar, sin que la furias del imponente remolino y los aguijones de la lluvia pudiesen impedírselo.

En medio del silencio, un lamento rompió la monotonía llenando de un ambiente más sombrío todo ese mundo encapotado y gris. Era un canto no terreñal que al sólo oírlo las aves se tapaban sus oídos con sus alas para no morir de tristeza y espanto. Se asemejaba a los misereres pero mucho más

doloroso y lastimaba el corazón. Pero ella no parecía oirlo, sus ojos seguían vertiendo lágrimas que, al fundirse con la lluvia, iban á terminar de humedecer su vestido gris.

Un nuevo relámpago dibujó cerca de ella las figuras de cuatro monjes encapuchados cuyos hábitos no los identificaban con ninguna de las órdenes religiosas conocidas. Eran hábitos de un color oscuro e indefinible, el único color que se le asemejaba era el de la desesperanza. Sus pies se arrastraban por entre el camino embarrado que los llevaba hasta el lugar donde ellos querían llegar, para depositar allí el féretro que cargaban con tanto trabajo. No era el peso del féretro lo que les encorvaba las espaldas, sino, el contenido. Ellos no entendían o no querían creer que les hubiese sucedido algo semejante, y mientras más se empeñaban en caminar, sus pasos parecían hacerlos retroceder, su pena hecha canto no tenía ritmo definido...

Cuando pasaron cerca de la mujer, ella gritó con fuerza, pero ni una sola vocal salió de sus labios (hasta su boca tenía un rictus de incredulidad). Los monjes no le prestaron atención alguna porque estaban más ocupados en seguir lamentándose con ese canto que parecía haber salido de ultratumba.

Las ramas de los árboles, desnudas y resquebrajadas por la tormenta y azotadas por el viendo, se movían descontroladamente porque hasta a ellas les afectaba ese lúgubre canto; también los árboles querían morirse aunque posteriormente los conviertan en leña. De pronto, la mujer se tomó el pecho con las dos manos, a la altura del corazón, porque sintió que algo se le estaba rompiendo, y sus ojos dejaron fluir

tantas lágrimas, que cualquier profano no podría establecer si cayó más líquido con la lluvia o con el llanto.

La mujer veía pasar el séquito que estaba enfilando hacia el camposanto que se divisaba en la distancia. (Otro relámpago iluminó el portal del cementerio). Los monjes, siempre cantando, llegaron y penetraron en el cementerio sin necesidad de golpear los aldabones porque sus puertas estaban abiertas como si desde un principio estuviesen esperándolos.

Caminaron por entre las tumbas y nichos, siempre cantando, con los rostros cubiertos por esas capuchas que, de tanto haber sido maltratadas por el viento y la lluvia, parecían formar parte de sus cuerpos: estaban casi pegadas a sus cabezas. Y cuando divisaron una fosa abierta en una de las esquinas del camposanto, enfilaron sus pasos hasta allí sin dejar de cantar ese su dolor hecho tristeza musical sin partitura conocida.

La mujer dejó por un momento el lugar en que se encontraba, cuando comprendió qué era lo que aquellos se proponían hacer con el cadáver del que, sin que él lo sepa, había sido el único hombre al que había amado. Gritó nuevamente, y esta vez sí su grito rompió las brumas, y las nubes, espantadas, comenzaron a despejar el cielo porque desde el inicio de la Creación, nunca habían escuchado un grito que encerraba todos los dolores del mundo.

Los monjes depositaron dentro de la fosa el féretro que contenía eso de lo que no querían desprenderse... La mujer corrió en pos de ellos, sus pasos tropezaron y cayó en una hondonada, mientras el cielo comenzaba a aclarar su imagen y los monjes se disponían a echar la primera paletada de tierra.

Un último relámpago compitió con los rayos solares, y la mujer emergió de la hondonada, toda temblorosa. Una avecilla de volar trémulo e inseguro, tras mirar en dirección al cementerio, voló hasta allí, al tiempo que de la fosa salía otra ave de similares características, que también emprendió vuelo.

Los monjes no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, sus ojos estaban cubiertos por las capuchas que sólo les permitían ver la oscuridad — tanto dolor los había enceguecido. Y mientras el viento calmaba su furia y la naturaleza se bañaba con la brisa que precede a la noche las dos aves emprendieron vuelo, juntas y parejas y, en un momento no determinado, se fundieron en una sola, a la que a partir de ese momento el cielo y las estrellas le pertenecían.

La noche lo cubrió todo. Los monjes desaparecieron entre sus sombras, las otras aves se acordaron de sus polluelos. De las ramas de los árboles comenzaron tímidamente a brotar nuevas hojas, y todo comenzó a retornar a la normalidad, mientras la suave brisa pintaba de azul a las estrellas...

(Septiembre del 2000)

El Vengador sentimental

El último robo que cometí fue en la zona sur. Parece que me salió mal, porque los vecinos me pescaron, y si no era que venía el 110, seguro que me linchaban.

Yo siempre he tenido toda clase de mujeres. En La Paz, Oruro, Santa Cruz. Donde sea, siempre he tenido mis queridas, y casi nunca me ha importado que ellas tengan sus caras marcadas.

Una de las cosas en las que he sido delicado, es que siempre mi ropa me la he lavado yo. Nunca me ha gustado que mis queridas me la lavaran; como no me gusta estar peleando con ellas, yo nomás me las lavaba. La última mujer que he tenido, la Lidia, era la única que me lo lavaba con voluntad, y será por eso que cuando se ha metido con otro, la he extrañado, aunque, por mi orgullo, no la he vuelto a buscar.

Aquí, en la policía, recién vale la pena tener mujer para que ella esté correteando, preguntando a los agentes cuánto ha de ser nuestro filo, y si es que no nos hemos ahorrado plata para nuestra multa ella

se vaya a prestar de los conocidos. Pero, como casi nunca me ha gustado tener una mujer que esté detrás de mí todo el rato, a pesar de haber tenido tantas, hasta ahora estoy solo.

Esta mi última mujer, la Lidia, era bonita, firme, su cabello era hasta la cintura, y si no era que la Braulia le calentaba la cabeza, ahora hubiese estado correteándomelo para que salga en libertad para ir a ganar en esta noche de San Juan.

Una mañana salí del cuarto y fui a ganar. A eso de las cuatro de la tarde volví al cuarto, y me extrañé que ella no esté adentro. Como conozco muy bien dónde para la gente del gremio, he ido por Las Estrellas, y allí no estaba.

He bajado hasta el Local Nuevo, y tampoco estaba: y como adivino me he ido al Tobogán, donde mi mujer había ido a tomarse sus chichas junto con la Braulia. Como yo estaba con plata —ese día había ganado como 1.600 Bs.—, me lo engullé en mis pelotas toda la plata, y en mi bolsillo metí solamente 30 Bs., y me fui a sentar a una mesa. Cuando la señora que atiende me vino a preguntar qué iba a tomar, le dije que estaba enfermo y que solamente iba a tomar una Doble Cola, y que de paso me trajera cuatro sandwichs. Como estaba sentada en un rincón, en un rato de esos la Lidia me vio, y se puso colorada. El gil que estaba a su lado le estaba metiendo mano, y no le ha gustado que yo mismo viera cómo me estaba poniendo cuernos.

Cuando la Braulia se dio cuenta que yo también estaba en el local, se vino hasta mi mesa, y como ella es mi comadre, me alcanzó una copa, creo que era su copa llena de chicha.

—No, comadre —le dije—, hace días que no estoy tomando, por eso es que estoy con papaya —le dije.

En eso se acercó mi mujer y sin decir nada se levantó un sandwich de la mesa y se puso a comer. Cuando la Braulia volvió a su mesa, yo me puse a charlar con mi mujer, y le dije que ya estaba bien que me haga renegar en el cuarto, pero lo que me cabreaba era que se haya salido sin hacer nada en el cuarto. Uno ya sabe cómo son las mujeres, y yo estaba pensando la manera de sacarla afuera, y en un lugar donde nadie nos viera romperle el alma.

—Tienes plata —me dijo ella.

—Tú sabes que es difícil conseguir dinero, ¿acaso es fácil?, espera —le dije, y entrando al baño saqué la plata que tenía enguillado en mi calzoncillo.

Volví a la mesa y le mostré, ella urgente ha zapeado, y como con magia parece que me ha vuelto a querer, y quería chipeárseme. La Braulia, urgente también ha estirado los ojos, y de sopetón ha venido a nuestra mesa y no me bajaba de compadrito, cuando días antes, cuando yo y mi mujer no teníamos ni para comprar pan, no nos quería ni saludar.

Estas mujeres son bien interesadas. Como ha visto que yo tenía harta plata, la Braulia le decía a mi mujer que no se separara de mí, y a mí me decía:

—Ahora, pues, se lo compraras ropa para la Lidia.

Y yo después me he enterado que a mi mujer le había estado calentando la cabeza para que se vaya a vivir con el gil con el que ahora está viviendo, y recién me he enterado que le decía:

Te conviene estar con el Néstor, porque él tiene camioneta, en cambio el Vengador cada vez está en

la cana, y el rato menos pensado le van a echar, y vos vas a quedar desamparada, mientras que con el Néstor no te va a faltar nada".

Ese día era domingo, y a manera de sacarla del Tobogán, le dije que podíamos ir a comer unos chicharrones en lo de la casera que vende cerca al río. Pero, antes la llevé hasta La Cancha para comprarle ropa.

Le he comprado esa vez un pantalón, de esos nevados, una chamarra, nevada también, una falda bien bonita, y una blusa para que haga juego con su falda. También le he comprado dos pares de zapatos y para mí me he comprado una camisa, y a mi mujer la mandé para que vaya a donde el sastre para que me lo recoja mi terno, y de paso me lo recoja del zapatero las botas que había mandado para que me lo arreglen.

A veces, cuando me arreglo bien, ni siquiera los tiras me reconocen, y esa tarde, con mi mujer, hemos salido bien paquetes. Ella, estrenando ropa, y yo bien elegante con mi terno.

Pero no me puse corbata, salí así nomás como estaba. No sé qué nos ha pasado, pero cuando estábamos bajando por el Local Nuevo, la Braulia había estado parada en la puerta, como desesperada se nos ha acercado y casi a la mala a mi mujer se la ha metido dentro del local.

"Invítame, pues, compadre, un ch'ocko de chicha", me decía, y como yo no estaba con ganas de tomar, me acerqué hasta donde estaba la dueña y le dije:

—Señora, por favor, mándeme un ch'ocko a aquella mesa.

—Ay, usted si que es bien raro, don Lino —me dijo—, el otro día nomás le están echando con chicha, y ahora usted les está invitando a los que tan mal le han tratado...

Manicure, pedicure, sik'icure...

Estaba embriagándome deliciosamente en no sé qué chicheria de la zona sur, cuando apareció el Canguro, que, como bien lo saben, no es mi amigo, aunque él diga lo contrario. De buenas a primeras se sentó junto a mi mesa, y sin haberme consultado si podía compartirla, pidió una jarra grande de chicha, al tiempo que tomando en una de sus manos mi tutuma, se la llevó hasta su boca: "A tu salud, hermanito".

Y no es que yo me haga el angosto en eso de tener que compartir la mesa con cualquier conocido, sino que el Canguro, dentro de mi escala valorativa de amistades, no llega ni a eso, y tan sólo es un ente más que transita por la tierra. Y como me precio de ser una persona extremadamente educada y cojudizada, dejé que se bebiera el contenido de mi tutuma, mientras esperaba que se acerque el salvaje que fungía de garzón, para atender el pedido del intruso de marras.

Después supe que el individuo que nos atendía había sido el dueño, y que acaso por efecto de una

enfermedad venérea tenía mucha dificultad para movilizarse. Hasta se podría asegurar que el solo hecho de estar en nuestra presencia le causaba una especie de bronca contenida, porque ni bien miraba en dirección al Canguro, su rostro se congestionaba en un rictus de rabia, y si yo no hubiese estado tan sobrio que digamos, podría afirmar que a ese casi conocido que estaba en frente mío, quería asesinarlo con la mirada.

—¿Qué te parece ese mancón de mierda? —me preguntó, cuando éste se había retirado para atender a otros clientes.

—Me parece que le duele el culo, porque camina que da un encanto —contesté, haciendo alusión a ciertas preferencias que tenía el Canguro, lo cual no era novedad, ya que todos sabían de los gustitos que se daba.

—De dolerle, claro que le duele —dijo—, porque me imagino que le han debido zurcir con cáñamo para cerrarle la herida, y él sabe muy bien que si me jode aunque sea con el pensamiento, no va a alcanzar un carrete nuevo de hilo de zapatería para que le zurzan el alma, con los hachazos que le puedo abrir desde el pipi hasta el ojete.

—Y a mí qué putas me importa que le hacheés o que se lo zurzan, si lo que yo he venido a hacer aquí es a tomarme unas chicharras, y estaba de lo más tranquilo hasta que vos, sin pedir permiso de nadie, panchamente te has sentado —le respondí elevando la voz, porque ya me estaba emputando el tenerlo en mi frente hecho el mein y dándoselas de Airón Maiden.

—No, hermanito —se disculpó el gran puta—, lo que pasa es que a este maraco le tenía hambre desde

hace tiempo, y cuando se quiso pasar de la raya, tuve nomás que ponerlo en vereda para que aprenda. Te voy a contar cómo fue la cuestión.

Y tuve nomás que escuchar sus huevadas, que desde ese entonces no han hecho más que confirmar mi teoría de que para cierto tipo de giles, yo soy una especie de Doctor Corazón, porque siempre tengo que estar escuchando sus rosarios de dichas y desdichas, todo por aceptar que me inviten unos cuantos tragos.

—Yo había venido una tarde aquí a tomarme unas chichas, después de que el viejo Max nos había botado de Las Tacas, y como mis bolsillos estaban aleteando por la falta de quivo, me dije, iré donde el k'eusa, y allí me tiro mis chicharras sin que nadie me moleste, y a pataypie me llegué hasta aquí.

Ni bien había entrado, el bolas éste me dijo: Cangurito, qué bien que has venido, ingratamente me has abandonado tanto tiempo, que hasta estaba pensando en hacerte rezar unos responsos diciendo, para que el alma de ese mierda no esté penando como alma en pena —y de sopetón me dio un chape en la mejilla, mientras que a unos glorios que estaban en aquella mesa les decía—: Mi marido ha venido, y guay que me lo estén chequeando.

Te repito que yo ya estaba sin quivos, y como este masca almohadas me conoce bien, pensé que no se iba a emputar si al momento de irme quedaba debiéndole algunos morlacos, porque sabe que rara vez a mí me han faltado pesares en los bolsillos. Y así que tranquilo nomás me estaba tomando mis calaverazos, cuando esa imilla con pipi se me acercó a la mesa trayéndome una plato de charquekán y un

platillo con harta llajua, mientras como puta en celo me decía: Servite, Cangurito, que especialmente para vos te lo he cocinado.

Como yo estaba con gulas, agarré el plato, y tras ponerlo en mi frente —¡ya, no te pases de pendejo, dije en frente de mí, no en mi frente!—, agarré una de sus manos, y de puro cojudo se la besé mientras le pedía un balde de chicha, y después, lo que tú quieras.

Hay que reconocer que ese fresco cocina bien rico, y como yo tenía un hambre atrasada, le metí con entusiasmo, hasta dar fin con todo lo que había encima del plato, y tras echarle un calaverazo bien lleno, me dije para mi sólito: Cangurito, esto es vida y lo demás puras mandarinas.

Cuando ya estaba anocheciendo y los borrachos de las otras mesas parecía que querían ganarme en dormir sobre las mesas, el trolo se vino a sentar a mi lado, y tras servirse un tutumazo, me dijo que si yo quería, tranquilamente podía quedarme a dormir esa noche en su cuarto, porque precisamente esa tarde lo había botado al llock'alla que le estaba ayudando, puesto que no había querido cumplir sus funciones en la cama, y que por lo tanto, podía quedarme a dormir en ella. Che, mal pensado, encima de la cama, no encima del mariscal.

Vaya que son una vaina los cuates cuando uno les cuenta sus intimidades más íntimas, lo primero que hacen es pensar huevadas.

Bueno, la cuestión es que con el chis le metimos tupido hasta que los últimos cañaverales salieron de la chichería, y a pesar de que estaba más mula que malabarista en medido de un terremoto, me dispuse

a salir, cuando el maradona volvió a pedirme que me quede, puesto que —me lo repetía a cada rato— lo había olvidado tanto tiempo, que era necesario recuperar el tiempo perdido.

¡El tiempo perdido, tu abuela!, le grité, pero, rebordando que yo no tenía ni para el micro, me hice el judoco, y le pedí que trajese otra jarra de chicha, para celebrar el reencuentro. Al fin y al cabo, otro día igual se lo iba a pagar, y aunque no se lo pagase, él sabía muy bien que conmigo no se podía hacer el valiente, porque de un caillapipis lo podía poner en vereda, y a ver si después le quedaban ganas de molestar por un buen tiempo.

Además, hacía tiempo que le tenía ganas. Y eso el lo sabía muy bien, y que si no me la había cobrado, era porque tenía flojera, y además como soy un tipo buena gente, despuecito nomás me iba a estar poniendo al día en mis asuntos personales.

Ha debido ser las doce de la noche, cuando me sentí más borracho que un manuelero haciéndose la científica estando con tembladerani, que ya ni ponerme de pie podía, cuando el potomártir me llevó hasta su cuarto con el pretexto de que yo necesitaba descansar un poco a manera de reaccionar. Era tal el yucazo que me había echado, que una vez dentro de su cuartucho —que no estaba tan mal que se diga, y que merecía ser monrreado en alguna oportunidad no muy lejana—, de fronteras se me acercó, y como chola acaramelada empezó a chaparme hasta dejarme lleno de saliva mis dos mejillas.

En un cachirulo reaccioné violentamente, y cuando estuve a punto de darle su buen quequazo, me contuve, y recordando la deuda que el chiso tenía

conmigo, me senté en el borde de la cama, y haciéndome el t'anta galán, le dije que no se entusiasmara demasiado, que poquito a poco todas las cosas podían ser llevadas a buen final, y que si la cosa era de lo más normal, lo único que tenía que hacer era pagarme por los servicios que estaba solicitando, y que posteriormente cada centavo gastado sería recompensado con creces. (El goyoneche sabía muy bien que siempre cumplo lo que prometo).

Me levanté y, como si estuviera queriendo orinar, haciéndome el putas le dije que se alistase no sin antes pagarme adelantadito por la gauchada, y mientras el gran puta me daba el quivo (creo que unos 200 lucas), me acerqué por detrás, y al verlo agachado, con el traste completamente k'alancho, me acordé de todo cuanto tenía que acordarme. Sin que él reaccione, saqué mi charveta de mi tolín, y le abrí tremenda bocaza en las dos nalgas, ojete incluído, y tranquilamente salí de allí, para irme a tomar mis tragullos en el mercado de La Pampa.

No te preocupes, ese asunto ya está charladito, y el mierdita sabe muy bien que conmigo no se juega, y si acaso se le ocurriera ir a quejarse a la cana, lo puedo tranquilizar para siempre. No te olvides que estás hablando con el Canguro, y con este caballento no se juega.

Ante tanta perorata, tuve nomás que tomarme una tutuma de chicha, y mientras el Canguro miraba a cualquier parte, yo me fui a otra mesa, lo que equivale a decir que desde allí me podían mandar a cualquier parte. . .

El regalo

Medio día de miércoles. El jeep llega silenciosamente a la casa, y tras apagar su motor permite que el conductor baje y calmadamente se acerque al portón para tocar el timbre. Un sonido estereotipado saca a la sirvienta de su letargo matinal y despierta en ella sus obligaciones domésticas. Presurosa sale a abrir el portón, tras haber cruzado de la cocina al patio, tiene que refrenar su alegría cuando el visitante, con un ademán suplicante, le pide que guarde silencio. Sin decir nada abre la puerta, el visitante entra y coloca en medio del patio un parlante de gran tamaño cuyo cable está conectado a la batería del vehículo. Parsimoniosamente coloca el cásete en la grabadora y, previa presión del "pause", deja listo el aparato para reproducir el tema anteladamente escogido, tras lo cual, hace llamar con la empleada al dueño de la casa, eso sí, sin avisar el nombre de la persona que está de visita.

Cuando el dueño aparece en el portal de la cocina, el misterioso visitante pone en funcionamiento la

Sonco

grabadora, que invade el espacio con una marcha fúnebre, un "bolero de caballería" de esos con los que suelen despedir los restos mortales de los excombatientes de la guerra del Chaco. Luego, el extraño se acerca al dueño de casa para darle un efusivo abrazo felicitándole por su cumpleaños.

El dueño de casa agradece conmovido este gesto y con emoción recibe el enorme envoltorio que su amigo le entrega de obsequio. Tras abrirlo, descubre que el regalo es una fúnebre corona de flores.

En ese momento llegaron a pesarle en el alma y, por qué no decirlo, en el espíritu, los cuarenta años que llevaba vividos.

(Pza. Xlo. Rey. Ma- 22- 11- 59. Hrs. (3.30 p.m.)

Basural S.A.

El viento se puso a jugar alegremente con el cúmulo de papeles que habían sido arrojados momentos antes, y como no había quién mire sus piruetas infantiles, desparramó sobre el indolente suelo aquel manojo de basura.

Una sirena policial rasgó la quietud de la tarde, y mientras la gente apresuraba sus pasos para llegar a cualquier lado, Bonifacio, el de la cara cortada, maldijo por milésima vez, la terrible sed que atormentaba su garganta, pues hacía minutos que no había refrescado sus intestinos con aquel elixir aguardentoso que tanto bien le hacía, al tiempo que le acortaba más aún los pocos días de vida que le quedaban.

Del interior de una chicheria salían las notas melodiosas y alcoholizadas de un bolero de mala muerte, y mientras el viento recogía en su seno tan desprestigiadas notas, los resabios de un romance percudido por el tiempo, vale decir aquel papel que había sido escrito con tanta pasión y vehemencia por un galán en ciernes, posó su cadavérico despojo

sobre la mesa donde estaba sentado el hombre, quien, sin saber leer o escribir, estaba perpetrando sobre la sucia superficie de la mesa el frío testimonio de su fracaso, sobre el interior de la copa que recibía su llanto, mientras una flor era cortada en un anónimo jardín, y un quiltro greñudo y lleno de pulgas orinaba su desprecio sobre aquel banco del parque, que recibiera sobre sus maderos tantas promesas de amores insatisfechos.

La hoja mal redactada remojó su desenlace en el licor vertido sobre dicha mesa, y mientras algún poetastro perpetraba un poema mal inspirado, y la luna aún no había salido por occidente, el hombre leyó que sobre dicha hoja estaba relatada parte de su desdicha, y como en estos tiempos de crisis todo es bueno, a falta de pañuelo cogió la hoja que había sido vilmente pisoteada los días precedentes, y en un acto de buena voluntad, secó con ella las lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. En ese instante, no muy lejos de allí, el cadáver del autor de dicha epístola era recogido por efectivos de la policía, y la gente que se había reunido para espectar tan necrofílico espectáculo, especulaba acerca del o los posibles antecedentes que habrían provocado ese final. El viento, comportándose un poco más formal, en un acto solidario poco frecuente de su parte, empezó a peinar los cabellos del suicida para que, al llegar a la presencia del Ser que todo lo comprende, tenga mejor aspecto.

Creo que esto sucedió a las tres de la tarde de un día cualquiera.

(1988)

como arquitectos, compositores como la litografía, pintores...

El hombre llegó hasta el Puente Alto, porque sabía muy bien que allí, entre las casetas abandonadas del ex-mercadito de pueblo, solían dormir compañeros de infortunio. Y mientras caminaba de reto en reto sacaba con botellín para beber y de paso, aprovechando un trago largo de aquel líquido que, así bien de gran ayuda los [illegible] de, de [illegible] se [illegible]

Otros textos

[illegible] necesitó, pues, [illegible] hacía más [illegible] pasos más [illegible] y seguros. Y mientras avanzaba tranquilamente, sintió, pensó, sentía que a sus espaldas le seguía [illegible] de sus tímidos pasitos, mientras [illegible] de su [illegible] de partida, mientras [illegible] de su propio [illegible] de personajes [illegible]

Llegó al terminal, y sus pasos sirvió que el grupo de personajes [illegible] la tiendita [illegible] que se [illegible] (o tal vez [illegible]) [illegible] fueran un oído humano [illegible] pudo el [illegible] al lado del [illegible] prendas de vestir, que alguna vez pudieron representar, y entrando, [illegible] con su plástico, roto y destrozado, que [illegible] tanto como frazada, como también sentía que a los de su [illegible] hay [illegible]

Paródicamente [illegible] del grupo, y [illegible] que [illegible]

Hay que saber pelearle a la vida

Un homenaje a mis amigos del Patronato de Menores, allá por los años 74 - 75.

Todos los días la misma vaina. Cuando uno está bien calientito y bien abrigadito, tiene que venir el regente a despertarnos. Con un "Buenos días, jóvenes, levantarse y vayan a lavarse la cara", nos saca de la cama, y uno tiene que ir hasta el baño caminando como cojudo, porque el sueño insiste en no alejarse de nosotros. ¡Y pensar que me estaba soñando en que yo ya estaba libre, y caminaba por las calles sin que nadie me moleste! Pero, como sigo encerrado en esta prisión, Patronato dizque, por el solo delito de haberle sacado su plata a una vendedora de coca, y que por gil me he hecho pescar, hay que hacer caso nomás, no vaya a ser que el regente me haga su ficha, y lo tenga que estar soportando a cada rato a mis espaldas.

Bueno, ahora que me han dejado un campito en el lavamanos, a frotarse bien la cara y las orejas.

porque don Rubén se fija hasta si nos hemos remojado las pelotas, y al que le pesca con las orejas sucias, se las estira de tal manera, que el chico parece un hermanito gemelo del Dumbo ese, que vuela como si estuviera en pleno mambo de thinner.

No es que don Rubén sea malo ni mucho menos. Lo que pasa es que, como no tiene nada que hacer todo el santo día, para desaburrirse nos friega la vida a los internos del tercer piso, y cualquier cosa que a él le parece mal, huiskatatay, al pecador le hace trotar alrededor del patio por lo menos media hora.

Claro que una vez nos amenazó con matarnos de hambre si es que no le obedecíamos sin rebuznar. Pero el Toyotas se quejó a la señorita Visitadora que atendía su caso, y ella en persona bajó hasta el patio de los internos, y delante de todos le tiró un putazo bien fulero, y don Rubén lo único que decía era:

—No va a volver a suceder, señorita —y estaba rojo y negro de vergüenza.

Cuando la señorita se fue a su oficina, el regente quiso cobrárselas con el Toyotas, pero éste, machazo como todo el que se ha criado en la calle, también, delante de todos le advirtió:

—La señorita me ha dicho que si usted me hace algo, que le avise urgentemente a ella, para que mi Visitadora arregle de una vez por todas los abusos que usted hace con los internos.

Santo remedio, porque el regente se hizo el gil. Pero el opa del Toyotas, teniendo tanta muñeca con la Visitadora, a los pocos días se ha hecho pireli, y ahí lo fregó su caso. Y ahora, como no hay otro de bolas que se queje de las macanas que nos hacen, don Rubén nuevamente es el mein del tercer piso, y

Sonco

al chico que no le cae bien, urgente le hace su ficha, y le está jode que jode, y a la primera metida de pata, ¡a trotar dando vueltas el patio se ha dicho!

¡Alalau!... pucha que está malditanga el agua, pero, hay que nomás lavarse la cara, porque si no... Esta semana a los de mi piso nos toca barrer y baldear el patio, y lo que no entiendo es por qué nos hacen echar cualquier cantidad de agua sobre el piso, si desde hace días está llueve que llueve, y el bendito patio siempre está mojado. Y como casi todos los internos tienen sus zapatos hechos una miseria, les entra el agua que da un encanto, y no hay ni un pedazo de periódico para hacerse por lo menos algo semejante a una plantilla para que en las patas no nos haga tanto frio.

Como dice la señorita Administradora —¡qué va a ser señorita si debe tener hasta sus pendejos blancos con lo veterana que es!—, cumpliendo las órdenes que vienen desde arriba, me toca agarrar como bruja mi escoba, ir hasta el cuarto donde he dormido y echarle una buena barrida, porque al Chaymanta le toca después trapear. Cuando todo está bien limpiecito, el regente nos abre la puerta, y cada cual tiene que descubrir dónde están sus zapatos, puesto que cada noche nos hacen dejarlos en las gradas, para que, según ellos, no nos escapemos. Como si no se dieran cuenta de que, con o sin zapatos, cuando de escaparse se trata, esos detalles no importan.

¿Acaso el T'irillo tenía zapatos cuando la otra noche, en plena lluvia, se estaba escapando? Pero eso les cuento otro rato, ahora hay que bajar al patio, y a formar filas para las mismas macanas de siempre. Y con lo mojado que está el piso, y además del

cemento, pobres de mis pies que van a carpir como chuño sin descongelar, por el hueco de la suela va a entrar el agua a su antojo, y eso que ni siquiera tengo calcetines para disimular un poco la pobreza.

Ni modo, como el señor Vargas es el más viejo de los regentes, se le ha ocurrido ahora que los changos del primer piso sean quienes suban primero al comedor, y los mayores del tercer piso vamos a tener que ir al último, cuando del desayuno solamente queden las sobras. Este Vargas siempre es así, cuando le entra su capricho, hace lo que quiere, y nadie le puede decir nada, porque se cree dueño y señor del Hogar, y sus caprichos son leyes que hay que cumplir sin rebuznar, si no, que lo digan quienes han probado sus sopapos. Y como tiene pinta de Tataque, a los changos les hace llorar como madres solteras, mientras la Administradora está charle que charle con las dos cocineras, y los ayudantes están laburando fuerte y duro para preparar el almuerzo.

¡Por lo menos he tenido alguito de suerte!, porque, como duermo en el tercer piso, el de los jach'alakos, los más grandes siempre van adelante, y a los que estamos a la altura del piso nos mandan a la cola. Pero ahora mi café estaba regularmente bien, y mi marraqueta me ha caído como bendición del cielo. ¿Acaso será porque anoche me he soñado que estaba comiendo en una pensión de lo más caché, y cuando desperté un rato de esos, no tenía nada en mis manos, y de por si me ha empezado a dar hambre?

Ya parezco pichiri de la Alcaldía, otra vez tengo que estar inventándome una escoba para barrer el patio con los demás, y el barrido es nomás tranquilo,

porque los que no barren tienen que baldear, y después los zapatos quedan a la huevada. Como aquí no hay zapatero para que los arregle (qué va a haber zapatero, si casi nadie tiene plata ni para hacerse comprar pancito de la tienda de afuera), se tienen que aguantar sin quejarse ni a Dios ni al diablo.

En días como éste, uno se deprime fácilmente. Las cosas no son tan simples como los de afuera deben pensar, porque yo sé que para ellos somos unos vagos de mierda, y que lo único que sabemos es robar y hacer llorar a la gente pobre, y que el Estado hace muy bien en tenernos encerrados porque somos un peligro andante. Pero, ¿sabrán acaso que casi todos los changos que estamos internos, desde que somos chiquititos no conocemos papá ni mamá, y que cada vez que nos llevan a la policía, y de allí nos traen hasta el Patronato, no tenemos quién nos lo reclame? Y además, ni siquiera recibimos visitas, las únicas personas que un poquito se preocupan por nosotros son las señoritas Visitadoras, porque pensar en los de la Policía Tutelar es perder el tiempo.

Me había estado mintiendo. ¡Claro que alguna vez recibimos visitas! Son aquellas personas que creen que nosotros les hemos dejado más pobres que pulga que no tiene dónde picar, y sin que los de la Tutelar se den cuenta, nos amenazan que da un encanto. Por ejemplo, el otro día un caballero todo perfumado que olía como puta de la Kennedy, al Corbatas le estaba diciendo:

—Si no me devuelves lo que te has llevado de mi casa, ni bien salgas a la puerta, vas a aprender a bailar la zamba canuta, porque no sabes quién soy yo.

La señorita Visitadora, al oír la amenaza, delante de todos le ha hecho trapo al perfumadito ése y lo ha puesto en su lugar, porque le decía "que según el Código esto, que según las leyes este otro", y el tipo, calladito nomás. Pero, el huevas del Corbatas, también se ha hecho pireli la noche que se han escapado entre cuatro por la lavandería.

Cuando hay sol, lo único que se puede hacer es ir a sentarse apoyados en una de las paredes del patio, y meta a matar los piojos de las ropas, para no tener que estarse rascando a cada rato. En realidad, todos, creo que hasta los regentes, tenemos piojos, y, aunque sean sangre de nuestra sangre, hay que matarlos antes que ellos nos maten a nosotros. Pero, al menor descuido de la señora que viene dizque a lavar las ropas de los internos más chiquitos (y lo único que hace es ir a charlarse a la cocina), si se olvida de cerrar con llave su lavandería, ¡ya era...!

Como allí duermen nuestros cuatro locos, el sordomudo, y el ch'iti que tiene ataques de epilepsia, de ellos nadie desconfía, porque aún en su desgracia saben que, aunque encerrados, en el hogar tienen por lo menos la comida y el techo asegurados, y eso, en la calle, difícilmente van a conseguir. Pero, aquí viene la cosa. Si la señora no ha asegurado su puerta, el chico que entra allí tiene la libertad asegurada subiéndose al lavarropas, una trepadita al techo de la casa de al lado haciendo sonar las calaminas, un saltito hacia el callejón, y de allí a correr como desgraciado.

Varias veces la Administradora le ha querido llamar la atención a la señora por sus descuidos. Pero, como la doñita es madre de familia y tiene sus hijos,

creo que lo hace a propósito, sabe muy bien la vida que llevamos y se compadece de nosotros, aunque no nos preste ni un pedazo de jabón para lavar nuestros trapos. Además, una mañana bien fulero le ha saltoneado a la Administradora:

—Si usted se queja, yo voy a denunciar lo que usted hace en el hogar con las cosas que le dan para los chicos, y a ver quién sale perdiendo...

En la tarde, otra vez estaban las dos charlando como buenas amigas que eran, y el asunto no llegó hasta las oficinas de las Visitadoras.

Bueno, así como están las cosas y con esta llovizna, no creo que venga el padrecito a darnos la misa dominical. Ya está un poco k'aivito, y además es capellán de la cárcel. Parece que los más chiquitos no van a poder ir al cine, en matinal, porque el padrecito es quien firma la lista de internos chiquitos. Los más grandes, que los llevan y traen del cine, tras mucho cerchearse se han ganado la confianza de la Administradora y son los únicos que los domingos pueden salir. Y como son medio alcahuetes de ella, en vez de llegar a las seis, están llegando a las siete o a las ocho de la noche, y de paso se los guardan su cena...

Yo no me hago problemas con eso de las salidas de fin de semana, porque con la señorita Nelly, que es mi Visitadora, tenemos un trato de caballeros, perdón, de personas educadas. Como cada lunes siempre me llama a su oficina para ver si mi caso ha mejorado o empeorado (a diferencia de los demás muchachos, yo en persona me he venido a internar, y por eso tengo cierta muñeca), aprovecho para pedirle mi memorándum de salida, y la señorita, de pura buena gente que es, siempre me lo da.

Eso sí, como yo he entrado por la puerta, necesariamente tengo que salir por ella, aunque a veces me dan ganas de no regresar al hogar. Pero no puedo hacerle quedar mal a la señorita (¡qué buena gente que soy, ni yo mismo puedo creer que existamos gente así!).

El Suárez y el Callisaya fueron chapados k'oleandose con clefa en el baño del tercer piso, y eso que los dos perejiles todos los días salen a trabajar en una reparadora de calzados, y en la calle pueden k'olearse las veces que les dé su regalada gana. Esos huevas justo tenían que venir a volar en el hogar, y, claro, don Rubén, que siempre está ojo al charque, los ha chapado in fragantis y de rebote el castigo nos ha llegado a todos los del tercer piso.

Yo podía salir tranquilamente, pero, con esta llovizna, ¿dónde putas voy a ir a caminar como gallo sin guato, si hasta mis bisnes han tirado pele? Es más, ¿les he contado cómo hago mis negocios turbios para tener unos centavos para mis salidas de fin de semana? Si les cuento, son capaces de hacerme la competencia, y mis negocios tendrían que declararse en bancarrota. Pero, corriendo ese riesgo, partecita les voy a confesar.

Aunque yo no gozo de la confianza de la Administradora, gracias a los memos que cada semana me da la señorita Visitadora, algunos días ella me llama a la despensa para que cuente los ciento cincuenta panes que hay que repartir a los internos, tanto en el desayuno, como a la hora del té. Para estos casos mi ayuco es el Duende, un chiquillo de unos siete años; las k'ulas que le ch'ipeo a la veteca, el Duende se encarga de comercializarlas, preferentemente

entre los Internos nuevitos. Con esos centavos —el Duende también tiene su cuota parte del botín—, cuando salgo a la calle los domingos por la tarde, me compro cualquier huevada para respirar un poco mejor el aire de mi libertad. Aunque sé que a las seis en punto nuevamente estaré tocando el timbre del hogar, y por una semana estaré mirando como cojudo el cielo nublado, para ver si la luna sigue siendo mi amiga.

El Duende es uno de los pocos amigos que tengo en el Hogar. Aparte de que el desgraciadito es el encargado de hacernos cantar macanas cuando estamos trotando alrededor del patio, tiene una sonrisa franca y juguetona, lo cual le ayuda a olvidarse de que en los seis meses que ya está aquí, nadie absolutamente nadie, se acordó de su existencia. Y aunque tengo que darle su toco (porcentaje) cuando tiene que vender los panes que he ch'ipeado, él siempre se asegura de tomar su desayuno o su té con dos panes, y eso merma mis ganancias.

Pero, en fin, por un domingo que no salga no me voy a estar lamentando como abuelo sin nietos. Además, ayer ya hemos visto teve hasta las diez de la noche, y hoy, como es domingo, también nos toca a los laut'is mirar la pantalla, porque así son las disposiciones del Hogar: lunes y martes, los más ñis; miércoles, jueves y viernes, los del segundo piso, y el fin de semana nosotros. Pero no se puede ver casi nada, porque como el cuarto de la Ángela es el más amplio del piso, allí colocan el televisor, y los changos de esa sala pueden mirarla desde sus camas, mientras que los demás tenemos que ir tapados con nuestras frazadas.

Los que más se aprovechaban eran los encargados de la cocina y los más grandes, quienes se metían en la cama de la imilla, y haciendo que ella se coloque de costadito, se hacían como que estaban mirando la tele, y de aracas se la enchufaban a la Ángela por el escape. La cojuda tenía que hacerse la loca si es que su ganapán le dolía que daba un encanto, porque uno de los internos la tenía bien grande y dura, y estaba más k'achilo que de costumbre. Pero, calladita nomás, por que el regente se podía dar cuenta, aunque, al final de cuentas, el ya sabía de estas cosas. Para no estar haciéndose quilombos con los directores de la oficina de arriba, se hacía el del otro viernes, y le importaba un bledo lo que pasaba en la cama de la Ángela.

¿Sabían que la Ángela era algo así como la reina del Hogar? Cuando llegó en calidad de interno, ella tenía como tres saquillos llenos, don Rubén le hizo vaciar el contenido en el patio, y de los saquillos salieron chompas, pantalones, chamarras, camisas, medias, un sombrero de chola, una manta y una pollera. Así se confirmó lo que habíamos sospechado desde el principio, que él era la Ángela, y que iba a ser una especie de distracción para los más grandes. Como dijo que había trabajado como ayudante de cocina en una pensión, la mandaron también de ayudante a la cocina del Hogar, por lo menos para que ayude a pelar papas.

Pero ahora ella está de capa caída, una mañana no quiso levantarse de su cama, se quejaba de que le dolía todo el cuerpo, que tenía calentura (no esa calentura anal que la caracterizaba) y estaba con fiebre. Cuando llegaron las enfermeras y el médico,

subieron hasta el tercer piso para auscultarla, y de allí en uno de los jeeps de la Institución se la llevaron al Centro de Salud para que le hagan una serie de análisis de laboratorio. Cuando regresaron cerca de la hora del almuerzo, se armó el despelote.

En la Administración se reunió todo el personal del Hogar, cocineras incluidas, y dicha charla se prolongó hasta decir basta. Subieron a las oficinas de los directores, y allí otro tantazo de charlas y más charlas, mientras una de las enfermeras fue a la cama de la Ángela y le colocó varias inyecciones, perforándole el culo más de lo que ya estaba. Para el almuerzo le dieron su comida en uno de los platos más viejos, y para su desayuno, un jarro que parecía negro por lo desportilladísimo. Su amiga íntima, la Paula, que también era de su equipo, solidaria como ella sola, se ofreció para llevarle sus alimentos y atenderla en lo posible, porque la zonza no podía casi ni caminar.

Al día siguiente vinieron dos camiones, y a todos los internos, personal incluido, nos llevaron al Centro de Salud, para que nos saquen sangre no se para qué tipo de análisis. Del mismo Centro de Salud se escaparon entre seis internos, y a la Ángela y a otros más, cada día les encachufaron tremendas jeringas en sus oltons, porque —y esto lo supimos de aracas— la birlocha había tenido sífilis. Y no se olviden que era ayudanta de la cocina y allí manipulaba los alimentos, tanto de los internos como del personal de servicio, Administradora y corchos incluidos. De los seis que se hicieron pepa del Centro de Salud, todos estaban infectados, y de los demás, tan sólo tres. Pero había que sentar un precedente; a la Ángela la

trasladaron para que duerma en el cuarto de los locos, y su amiga Paula se fue con ella para cuidarla, y, entre ambas, protegerse.

El cuarto de los loquitos estaba a la entrada de la lavanderia, de alli cada vez tenian que estar sacando los colchones para secarlos al sol, porque estos caballeritos tenian la mala costumbre de confundir colchón con urinario, y casi cada dia teniamos que estar oliendo sus huevadas, mientras que ellos, los loquitos, se hacian los locos. La cosa duró unos cuantos dias, porque cuando la Ángela pudo valerse por sí misma, una noche de lluvia, cuando del cielo estaban cayendo enormes chorros de agua, ella y la Paula se treparon hasta el techo de los vecinos, y de alli se fueron a buscar sus destinos. Los internos tuvieron que volver a su afición habitual: operación "cinco dedos de furia", y entre cinco dedos desalmados, huayquearle al pobre angelito.

De esto ya han pasado varios dias, y a pesar de que le tratan a cuerpo de duque, ninguno de los chicos quiere ir a dormir en lo que era la cama de la Ángela. De sus machucantes que no pudieron tirarse el ancho cuando les sacaron sangre, sólo el Chambi se ha salido por la puerta, pero no con memo de egreso. Como era de confianza, cuando uno de los porteros lo dejó cuidando la puerta, el Chambi fue comendo a la cocina, de alli sacó un maletin con ropa y se fue, patitas para qué te quiero. Los porteros no podian perseguirlo, porque si lo hacian, el Hogar iba a quedar vacío, ya que las llaves se las habia llevado el penderegil del Chambi.

¡Ah, me estaba olvidando! El maletin y las ropas eran de la Ángela, pues cuando se dio egreso ella

solita, lo único que quedaba de sus tres saquillos que había traído al Hogar, eran su sombrero, su manta y su pollera. Todo lo demás se lo ch'ipearon sus clavadores, quienes, cuando salían con permiso, se iban a la calle bien gorditos, y cuando regresaban estaban más flacos que un perro a dieta.

Claro, todos sabíamos que la mayoría de los que a la Ángela se la th'irtaban, se hacían pagar (o directamente le robaban) con sus ropas, que directito iban al Barrio Chino donde eran vendidas. La imilla, al final, ya no tenía ni una pollera para cambiarse; cuando todavía estaba en la cocina, por las noches lavaba lo poco que le quedaba, y a la mañana siguiente, aunque estén húmedas se las colocaba en el cuerpo.

Ahora ella debe estar caminando por las calles, o trabajando en una pensión, pues contaba que siempre le habían gustado las wawas y las ollas. Como se ha ido con su hermana, la Paula, ya que están sanas deben estar haciéndose cablear grave con los llock'allas que han conocido en el Hogar. Estos, que siempre están ojo al charque, habiendo estado tanto tiempo encerrados, no desprecian ningún tipo de agujero, menos el de la Angela o de la Paula.

Una noche de ésas, cuando estaba lloviendo como ducha sin control —sería pasada la medianoche—, el T'irillo entró al baño, y, como era más flaco que un pendejo, abrió la ventanilla del baño y fácilmente salió hacia afuera, se agarró del tubo que contenía los cables de la luz y poco a poco fue bajando hacia la lavandería para de allí subirse a los techos y tirarse el ancho por el callejón y las calles. Pero reitero que estaba lloviendo como tres diluvios en uno, y el tubo plástico estaba super liso. En una de

ésas el T'irillo no pudo agarrase al tubo y se resbaló desde el tercer piso hasta las inmediaciones del patio de la lavandería. Digo inmediaciones, porque, en su desesperación, sus pies chocaron contra los vidrios del baño del primer piso, y fue tal su ch'allpada, que no sé cómo sus pies quedaron dentro del baño, mientras su cuerpo colgaba hacia fuera.

El quilombo que se armó fue terrible. La Administradora y los regentes llamaron a la policía, y tras bajarlo de la ventana rota, se lo llevaron hasta el hospital para que lo curen. Los ayucos (mejor escrito, los corchos) de los porteros, aunque estaba lloviendo, con una manguera se pusieron a lavar la pared y el baño, cosa que cuando los jefes del Patronato llegasen allí, no se asusten viendo ese baño y esa pared tan ensangrentados.

Esto ya era costumbre, cada vez que pasaba algo en el hogar, los encargados trataban de que el quilombo no se note mucho, y a los internos nos amenazaban con todas las plagas del Egipto si es que abríamos el hocico. La vez que el Castaños se quejó ante los profesores de que, cuando llegaban los víveres para los internos, de noche los encargados del Hogar sacaban del depósito parte de esos víveres hacia la calle, esa noche a todos nos mandaron temprano a dormir. A pesar de que el Castaños estaba mal de una de sus rodillas, un regente le ordenó que se quede, y cuando ya no había nadie, le obligó a trotar alrededor del patio, mientras todos nosotros mirábamos camuflados desde las ventanas de nuestros dormitorios.

En esa época era delito quejarse. Como éramos malvivientes, mañudos, ladrones, violadores, y huérfanos, de paso, las señoritas Visitadoras eran las

únicas que nos defendían, y cuando ellas no estaban, ¡huiscatatay, a quedarse amuquim se dijo!

En los cuatro meses que estuve internado, tres señoritas atendieron mi caso, y si no me porto semi pendejo, de interno provisional podía haber pasado a formar parte de los internos definitivos. Y ahí sí que se jodía el rey de los memorándums. Como dependía solamente de lo que las señoritas dijeran de mi caso, aparte de tener salidas los domingos, la cosa se puso peliaguda con respecto al peluquero y mi tremenda melena sucia y alborotada. Casi todos los changos venían directamente desde la canela al Hogar, y cada lunes, desde las nueve de la mañana, llueva o caiga granizo, venía el pelucas a mururarles la pelambrera para eliminar los piojos y pulgas que los chicos se habían traído de la calle o del Centro. El corte oficial era al ras, muruk'ullu, pelado, como rodilla. Todos, absolutamente todos los que estaban en calidad de internos fijos, obligadamente tenían que andar k'aspotes. Los provisionales, cuyos casos estaban todavía en manos de sus respectivas trabajadoras sociales, mientras ellas no determinaran algo respecto a su situación legal, podían tener el pelo no tan largo (las melenas estaban prohibidas).

Un domingo en la tarde, la Administradora me conminó a que al día siguiente, ni bien llegue el pelucas, me hiciera cortar la tosca melena y me sometiera a los reglamentos del Hogar. Yo tenía mi memo de costumbre, y la veteca estuvo a punto de negarme la salida, so pretexto de que ya no iba a regresar. Pero, como ella sabía muy bien que lo que las señoritas dictaminaban tenía que cumplirse, a regañadientes —ella tenía placa postiza— hizo que me abriesen

las puertas, y este mein, a patayperrear se dijo.

El chiste era al día siguiente, porque los porteros estaban ojo al charque y tan sólo esperaban la llegada del pelucas para que este macho machito sea trasquilado como cordero piojorara, evitando de esta manera que este tipo de malos ejemplos cundan, y el peluquero se quede sin trabajo.

Tras el desayuno, entró al Hogar uno de los agentes de la Policía Tutelar, para llevar a algunos de los internos a las oficinas de Trabajo Social, y hablar con sus respectivas visitadoras acerca de sus casos. Aunque mi nombre no sonó para nada, me colé en la fila, y, haciéndome el del otro viernes, fui con los demás hasta la oficina de mi visitadora, para exponerle el peligro en el que se encontraba mi blonda melena alborotada. Ella, tras escuchar pacientemente mis argumentos, con lenguaje maternal me solicitó que, como yo era un interno buenito, me haga recortar una buena parte de la pelambrera, para quedar aceptablemente decente.

—¡Naranjas! —contesté haciéndome el malo, y allí mismo le expuse, brevemente, que mi situación familiar había empeorado de tal manera que, a pesar de tener papá y mamá oficialmente reconocidos por mi persona, ambos se estaban haciendo los giles, y el bolas del mein que era yo, ya estaba oleado y sacramentado para ser un hijo más del Estado.

La charla se puso wali caché, y de buena gente que era la señorita, zaz, sobre el pucho, laburó en su máquina un cachito, y tras despedirme de ella, pude bajar nuevamente al Hogar con mi memo debidamente membretado, cuyo principal tenor decía: "Exclusión de corte de pelo".

El chiste fue que, como no tuve el menor cuidado en cuanto al aseo capilar, como por arte de magia, una colonia de piojos se posesionó de todo ese terreno inexplorado, y ni con kerosén querían abandonar mi cuca. Por eso, antes de quedar afónico de tanto cantar "El rasca-rasca me tiene loco...", tuve, el siguiente lunes, que esperar la llegada del pelucas, y sin mirarle ni su cara, decirle a mi melena: "Chau, cuando hayas crecido, nuevamente nos mandaremos la parte..."

Ahora hay que ir a hacer fila, porque nos van a repartir p'iri, que, aunque tiene un nombrecito medio extraño, solamente es harina amarilla retostada, y por lo menos sirve para hacerle creer a nuestras panzas que es pito de cañahua. Mas, como en eso de las deudas uno tiene que saberlas pagar, cuanto antes mejor ese mi p'iri va a ir a la panza del Marciano, porque es el precio que él me ha cobrado por haberme prestado su jabón para que pueda lavar (al final han quedado más sucios) mis medias y mi calzoncillo.

¡Ojalá venga alguien a visitarme! La verdad es que me paso de gilorio, puesto que si mis progenitores —cigüeña incluida— no se toman la molestia de darse una vueltita por estos laredos, ¿existirán todavía los milagros, y un supuesto familiar venga a verme trayéndome algunas k'ulas, y, por lo menos un jaboncillo?

Mejor hago fila, pago mi cuenta al Marciano, y a pelotearse como huevas hasta que llamen para el almuerzo, porque, para ver teve, hay que esperar hasta después de la cena. Menos mal que mi cena no me la he jugado todavía a las damas con el T'unku, que a cada rato estaba desafiándome, porque sabe que para ese jueguito soy su manso.

Total, cuando diosito lo disponga, sé que voy a salir de aquí, por la puerta, y, en la calle, voy a tener que aprender a pelearle a la vida, porque esta vida sin futuro alguno ya me está llegando a los huevos.

Sonco

Recuerdos mal queridos

"A orillitas del canal, cuando llega la mañana,
sale cantando la noche, desde lo de Balderrama"

Sí, ya sé que te está doliendo el cuerpo, y cómo crees que me siento yo, ¿feliz de la vida?, ¿o acaso no me están haciendo parir de dolor los k'ullazos que esos mierdas me han dado? Si hasta ahorita no me he quejado, es porque tenemos que aguantarnos y seguir caminando, porque ya está oscureciendo, y por lo que se ve a lo lejos, no hay ni rastros de La Paz.

Seguile metiendo nomás tupido a la caminata, porque si vas a querer descansar, yo te abandono y sigo sólito. Con este frío y la ropa mojada (¿o te has olvidado que hace rato la lluvia nos ha hecho vivir en el camino, y no teníamos dónde guarecernos?), ni cojudo que fuera para estar pensando en k'arapampear en pleno altiplano, puesto que mañana une puede amanecer como oca recién congelada.

Métele duro, compañero, que haciendo cálculos, ahurita deben ser las siete de la noche, y hemos debido de caminar unas cinco horas aproximadamente. Antes que nos boten de la volqueta, en la tercera tongada, como yo estaba parado delante de la tolva, a uno de los guardias que nos estaban vigilando con sus gases en la mano le oí decir a su compañero que ya eran las dos de la tarde y que por culpa de nosotros todavía no habían almorzado.

A ver, ya no seas tan empufante. Cómo quieres seguir tomando el agua detenida al borde del camino. Ya sé que la sed te está quemando las tripas, pero, haz como yo, ignoro que tengo sed, y sigo caminando para ver si logramos llegar por lo menos a la Ceja de El Alto, y de allí, va a ser más fácil bajar a la ciudad.

Te has olvidado que, como ya se nos ha pasado el efecto de nuestras borracheras, tranquilamente podemos sufrir una infección estomacal si tomamos de esa agua. ¡Quién sabe si algún gonorrento ha orinado en ese charco de agua turbia que vos quieres tomar! Así que métele duro a la caminata, que ese capitán, así como ha dejado a unos detrás de nosotros, por lógica tiene que haber botado a los que quedaban en la volqueta delante de nosotros. Si caminas un poco más rápido, tal vez los podamos alcanzar, y así ya no vamos a estar hablando entre los dos como opas, aunque, en realidad, el único que está hablando soy yo.

¿A vos dónde te han agarrado? ¡Ah, sí, ya me recuerdo! Te agarraron en el Puente Topáter, justo cuando estabas corneteando con tu amigo, a media mañana, y ahí nomás llegó el camión de la cana, y los dos arriba, rumbo al parque Uruguay. Claro, antes de haberlos traído, el camión tuvo que ir a recoger

más cañaverales, ¡hasta a los cleferos de la Buenos Aires se los habían cargado!

Bueno, me decías que solamente en la volqueta de la Alcaldía reaccionaste un poco, y al final eran una cosa de quince mujeres y por lo menos sesenta y cinco varones a los que los metieron en la canchita del parque, que como tiene malla olímpica, seguramente ellos pensaron que nadie podría escaparse. ¿Pero escaparse de qué, si el único delito que habían cometido era beber como k'epiris, y los changos de la Buenos Aires volar como cojudos en plena calle?

En cambio, a mí me sacaron del Penthouse, cuando estaba durmiendo el trancazo que le había metido desde el día anterior. ¿Sabes? Es que yo me había torcido donde la tía Dorotea, y cuando de allí nos botaron a todos los clientes porque nadie estaba consumiendo, y ya eran las doce de la noche, de mi casera me compré un soldadito y me fui al Pent para continuarme intoxicando. El indio Huascacho, en la madrugada trajo un litro de cocol, refresco y cigarrillos, y le metimos fiero al trago hasta quedar nockauts. Creo que fue a media mañana que vinieron los carabinieris, y a los seis que estábamos durmiendo tirados sobre las payasas de paja (el Krugger, la K'ochala, la Mary, el Huascacho, la Chichinquira, y yo, vale decir, tres hombres, dos mujeres, y un manuloj nos hicieron despertar —no recuerdo si nos palearon o no— y con "buenos modales" nos hicieron subir al camión, y al parque Uruguay se dijo.

Como te estoy contando, en el Pent le pusimos fuerte a los tragullos, y a pesar de que no es tan secreto que allí tenemos acompañantes que nos pican que da un encanto —yaa, no te hagas a los

giles, ¿o es que acaso nunca te han subido los piojos cuando estás en guerra?—, estábamos durmiendo de lo más bien, cuando ya nomás sentí que un aprendiz de futbolista se entrenaba conmigo hasta despertarme. Y cuando bajé del camión de la cana y me hicieron sentar en las graderías de la canchita, podía ver cómo poco a poco iban llegando los cuates que chupan en el Puente de la Autopista, El Tejar, Cotahuma, el Cementerio, Chijini Park, San Pedro, Cancha Bolívar...

¡Oye, pelotudo, la próxima que intentes tomar agua estancada, triste va a ser tu vida, carajo! ¡Yo también tengo sed, pero me aguanto! ¿Acaso no te has hartado con lo que tomamos en ese riachuelo que había cerca del lugar donde nos han botado? Ya sé que con un traguito podemos recuperar el espíritu, pero, ¿dónde putas vamos a encontrar una tienducha en este campo de porra, donde los únicos animales que hay somos nosotros dos?

Caramba, creo que te voy a abandonar y voy a seguir sólito. Ya me emputa estar escuchándote a cada rato que descansaremos, que me duelen los pies... Pareces vieja beata e hipocondriática. Seguí caminando, porque al paso que estamos yendo, el día de la yuca vamos a llegar a Senkata.

¿Viste? Aquellas luces tienen que ser necesariamente de la tranca de Senkata. No sé qué horas serán, pero seguí caminando, porque si es que te has dado cuenta, nuestras ropas ya se han secado, después de la lluviecita ésa que hace horas nos ha mojado, aunque ahora está haciendo mucho frío. Si seguimos caminando rápidamente por el borde de la carretera, cualquier momento vamos a llegar hasta

allí, y, si tenemos suerte, algún chofer nos va a llevar gratis por lo menos hasta la Ceja.

¡Ya pues, cabronauta! Sé que tienes hambre, ¿no ves que yo tampoco he comido nada desde que me sacaron de mala manera del Pent? ¿O crees que me voy a hartar con el misero dulcecillo que los guardias nos han dado de a uno a cada uno?

¡Claro! Ellos se han agarrado creo que a veinte dulces cada uno —como si nunca hubiesen chupado dulces en su vida. Hay que aguantarse nomás hasta que lleguemos al Alto, y allí, en cualquier pensión macheteamos un poco de comida para alimentarnos.

¡Cómo que te da vergüenza! Carajo, vergüenza debería darte el haberte hecho pescar con tu amigo cometeando en la calle, y como sabes que los vecinos siempre están emputados con los cometeros, fija-fija que han sido ellos los que han llamado varias veces a la policía para que desalojen de una vez a los que, según ellos, dan mal aspecto a la calle y mal ejemplo a sus hijos.

No, mi mayor, no es verdad. A los dos que estamos aquí nos han traído desde la ciudad por el único delito de haber estado tomando en la calle. Sí, sé que está mal que nos hayamos dedicado al trago, pero, le repito, nosotros no hemos venido al campo por nuestra propia voluntad. Nos han traído a la mala, y en grupos de a diez nos han ido botando en el camino. Este caballero y yo hemos sido echados en la tercera tongada, y creo que es desde el kilómetro 47 que estamos viniéndonos a pie.

¡Cómo nos van a calumniar estos señores de que somos ladrones! Si cuando estábamos pasando por

ese pueblo que se había llamado Achica Grande, un grupo de jóvenes nos han rodeado, y con palos nos han sonado en las espaldas diciendo que "sólo los ladrones caminan de noche por el campo". La botella de refresco que nos había regalado el suboficial de la tranca nos la han quitado, y si no era porque uno de los vecinos sacaba cara por nosotros y nos traían ante su autoridad, los demás estaban dispuestos a quemarnos vivos al caballero y a mí. ¡Si ese rato hasta gasolina se han inventado!

Esos dos señores que son autoridades de ese pueblo, también nos han paleado bien fuerte. Al caballero le han sonado entre la nuca y la espalda. Y ahora, usted ya los ha escuchado, le están pidiendo permiso para que, con su venia, recién nos puedan encender fuego. No, mi mayor, cómo les va a dar permiso para que nos den un escarmiento, porque si —según sus palabras— nosotros tomamos todos los días es que de alguna manera también somos delincuentes, puesto que tenemos que robar para comprar nuestros tragos...

¿Ya vio? Nos han revisado todo el cuerpo y no nos han encontrado ni cuchillos ni alcohol. Ningún chofer nos ha querido recoger en el camino, y es por eso que con el caballerito estábamos caminando sin parar por el costado de la carretera. Ya nos han golpeado por demás. Discúlpenos si les hemos ofendido porque sin querer nos han traído hasta aquí. No somos maleantes, como dicen las señoras y señores que están aquí. Ahora, como usted dice, nos vamos a ir hasta La Paz caminando por el borde de la carretera sin molestar ni mirar a nadie.

Tiene razón, no tenemos porqué estar tocando puertas o pidiendo que nos regalen un poco de agua, porque comprendemos muy bien que aquí, en el Altiplano, los vecinos son muy susceptibles, y pueden nomás tomarse la justicia entre sus manos. Claro, uno se puede imaginar cuántas veces les habrán hecho la maldad, que ya están escarmentados, y todas las personas, especialmente los borrachos como nosotros somos sospechosos.

Muchas gracias, mi mayor, sobre todo por habernos hecho perdonar con los señores comunarios, y de ahora en adelante le prometemos —al menos de mi parte—, controlamos si es que alguna vez en nuestra vida volvemos a consumir alcohol. Gracias a usted, hemos comprendido cuánto daño nos hace la bebida, y el daño que ocasionamos a nuestros familiares que de seguro están llorando porque nosotros no sentamos cabeza todavía —como si la cabeza sirviera para sentarse—, y de ahora en más, yo al menos, volveré a trabajar y ser una persona útil para la sociedad.

¡Pucha che! Te sigues quejando como chulipa recién profanada, y mira que hace rato que se han perdido las luces de Senkata y que si no fuera porque el cielo se ha despejado y la luna está bien clarita, ahora estaríamos más perdidos que un marciano en el Valle de la Luna.

No sigas jodiendo que todavía te duele la espalda. ¡Como si los k'ullazos que a mí me han dado esos campeches hubiesen sido con palos metafísicos! ¿Qué es eso de metafísico? Ni idea, te lo dije por huevear. Los dos golpes que me han dado los charcos

del pueblo cuando nos agarraron me están doliendo que da un encanto; y cuando nos llevaron a puntapiés hasta la escuela del pueblito, el hilacata que estaba con su poncho tipo wiphala, chalina y chicote amarrado al pecho —¿acaso no has visto?—, de un tremendo k'ullazo me ha hecho formar parte del suelo. Cosa que aprovechó una de las doñas —creo que para acordarse de las fechorías que le hace su mando—, para agarrarme de los cabellos, y hacerme bailar la quinta canuta. Debe ser por eso que cuando el mayor nos ordenó que salgamos de su oficina corriendo, yo tenía pinta de adobero.

Seguí caminando, que si miras con atención... ¡oye, cojudísimo!, ¿si no es a vos, a quién putas voy a estar hablando, pelopincho de mierda? (Tengo que tratarlo así, porque si no es a putazo limpio, este cuate se va a querer quedar a descansar, y si lo dejo, capaz que se me duerma en pleno Altiplano, y con este frío de cuernos amanezca como pingüino en congeladora y listo para la foto). Esas luces tienen que ser de El Alto, desde aquí se ve que son miles de miles los focos encendidos, así que métele duro, compaire, un tantazo más y ya vamos a poder caminar por lugares donde nos van a querer quemar como chanchos, aunque, como estamos llenos de alcohol somos capaces de arder sin hacer mucho humo.

Tienes razón, hermanito, ya no te voy a tratar como a perro, es que me arde los huevos, cada rato tener que estarte arreando como a burro que eres, porque si te dejo descansar, el día de la yuca vamos a llegar a El Alto. No podemos parar de caminar, porque, ¿te imaginas?, si en el camino encontramos una tiendita abierta, allí compramos un soldadito.

Nos inventamos una botella, y aunque sea con orín nos preparamos un traguito para reemplazar el alcohol que hemos perdido en la caminata.

Sí, caraspas, ya me has dicho que no tienes ni luca; pero no te preocupes, en mi bolsillo hay luca quivo, y basta para el soldadito, así que seguí caminando, o de un chutazo te hago florecer tu culo como rosa. ¡Bah, casquero! ¿Acaso con el toletazo que te han dado en la tranca no te han hecho arder el traste como si te lo estuvieran inaugurando?

¿Y ahora qué dices, cabronauta de kinder? Ésta tiene que ser la nueva avenida que han inaugurado hace poquito, y que, como dicen, es la más larga y moderna avenida alteña. Y no pongas esa cara de dame un peso, porque no te queda, caminaremos un cacho más, y vas a ver que ya nos vamos a estar cruzando con gente. No vas a estar pensando que los dos solitos vamos a seguir caminando como marchistas sin causa, y... Caballero, por favor, ¿podría decirnos cuánto falta para llegar a La Ceja?, ¿unos cuatro kilómetros?, ¿y qué hora será, no?, ¿las dos y media? ¡Gracias, caballero!

Ya estamos cerquita, compadre cara de comadre. Unos cuantos pasos más, bajamos a la ciudad, y nos vamos a La Guerra, y si está atendiendo el Dios Mío, de seguro que nos va a invitar unos tragos infames para entrar en calor. Bueno, si no quieres ir, problema tuyo, porque es sabido que allí solamente va la mala gente como yo y pensé que vos podías ir, pero como vos eres de la jailaf, ni modo. En La Ceja me tomo un minibús hasta la Pérez, y de allí, a patachín hasta La Guerra, porque allí siempre hay cuates que me pueden invitar unos k'ajs, y al frío, chau Paraguay.

Flojonazo de porquería, si yo también estoy muerto de cansancio, un tantazo más de caminata, y podremos decir que hemos regresado a la civilización. Pensar que hemos caminado más de doce horas sin descansar, y más cacho vamos a tener una makurka que ni le cuento, cumpita. Ya vio que caminando como peregrinos sin santo conocido, o como beatas detrás de un milagro, hemos llegado hasta La Ceja y ha llegado la hora que nos despidamos, porque del final de la autopista yo agarro un minibús hasta la Pérez, y de allí hasta La Guerra.

Che, Dios mío, mejor dicho, Robertiño, ¿invítame unos tragullos? Espera un cacho que entre en calor, y te cuento cómo nos han hecho caminar los que sabemos; pero qué bueno que las mujeres han llegado más temprano, porque el cuate de aquella mesa me contaba mientras vos estabas sirviendo tus venenos, que si no era porque la K'ochala se avivó con una bolsa de pipocas, ahorita seguirían caminando, y quién sabe por dónde estarían.

En eso estamos de acuerdo. Por muy autoridades que sean, me imagino que no tenían derecho de llevarlas hasta tan lejos para botarlas sin que les importe un pepino lo que les podía pasar a ellas. ¡Imagínate! Quince mujeres solas en pleno altiplano, todas sin plata, y como está de moda eso de las violaciones, si no era por la conchudaza de la K'ochala, todititas ellas estarían en estos momentos con tremendos dolores anales y vaginales. Yo creo que tienen que estar eternamente agradecidas a la K'ochala, que por jaiputa que sea, esta vez se ha portado de bolas con las demás chamacas.

En cambio, a nosotros nos han llevado más lejos, yo con luca quivo en el bolsillo, y con un sueño de la mierda que no me dejaba tranquilo ni un cacho. Menos mal que no me hago ningún problem cuando se trata de caminar, y es por eso que le metí fuerte, a t'usu, hasta llegar a la Ceja, y de la Ceja, hasta este antro.

Sí, che, ya sé que está amaneciendo, y si miras con disimulo hacia la puerta, están entrando la Chichinquira, el Huascacho y el Krugger (Huascacho hijo de puta, me la debes una, porque si no traías tu litro, nadie hubiese ido a cagar pilas y ser casi linchado. El rato menos pensado te voy a recordar esta tu huevada; aunque tú también hayas caído en esa batida, igualito me la vas a pagar), porque a ellos los botaron unos cinco kilómetros más adentro, y recién están llegando... ¡Pobre cojuda esta Chichinquira!, esa imilla con pipi había estado con zapatos taco alfiler. Seguro ha caminado como si tuviera chacata, o k'aracayo, porque se está friccionando sus patas que le deben estar doliendo como si la hubiesen escaldado, y eso que se hace la delicada esa wawa perdechi de ancianos viagrosos.

¡Por fin está clareando! ¿Qué es clareando? ¡Amaneciendo, pues, sonsonazo de mierda! Ahora hay que ir hasta el Cóndor, pedirse un trago a manera de ingreso hasta que lleguen los cuates que al igual que nosotros son también chupajarras, y si nadie molesta, uno le puede echar una roncadita, porque afuera está nublado, y por lo tanto está haciendo frío.

Mi cabo, no se pase de pendejo, si ayer nomás el capitán nos ha llevado más allá de Senkata, ahora usted nos quiere cargar de nuevo. Eso es más que

un abuso de autoridad. ¿por qué no los va a joder a los de la Chorrera? ¡Ah, ya sé, solitos no se atreven, porque allí no son tan giles como nosotros, y no se van a dejar llevar tranquilamente para regresar a patay piel! Además, usted sabe que no tenemos plata, y así no va a poder sacarnos multa alguna, porque al fin y al cabo, la t'alpa que estamos tomando, la de la tienda del mercadito nos ha prestado hasta más tarde, y ustedes saben que si no se le cumple una deuda tan importante como una t'alpa, triste es la vida del tramposo. Sí, gracias por ser tan comprensivo, que el Señor le bendiga a usted y a su familia, por haberse llevado la mano al pecho, y no hacemos ninguna maldad. Gracias, mi cabo, que tenga un buen día.

(Conchudo, si ayer usted también estaba en la volqueta de la alcaldía agarrando su gas, y a cada rato nos amenazaba con sacarnos la mierda si es que intentábamos escapar. Ahora viene a hacerse el machito, como si no supiera que sin su capitán no sería tan valiente. Mejor me tomo un trago, y me cago en todo).

Las madrugadas no siempre son hermosas

e della fede e bontamia e testimonio la paveria mia
"y de mi lealtad y bondad es testimonio mi pobreza"

Si las madrugadas fueran exclusivamente hermosas, con ese tinte que suele gustar a los giles que andan perifoneando que con amor todo se puede, bastaría preguntarles a los que duermen por las noches en las calles para darse cuenta de todo lo contrario.

Esto viene a cuento porque, después de mucho tiempo, yo estaba cayendo en la peregrina y vulgar paranoia en la que se debaten los enamorados. La culpable, o mejor escrito, la beneficiaria, era una muchacha de veinticuatro bien proporcionados años, ingenuamente ingenua, con la cual me gustaba pasar por lo menos una hora semanal en su compañía o a través del contacto telefónico. En un descuido mío, me encandiló con su personalidad, hasta el grado de haber perdido por completo mi autocontrol, y me obligó a pensar tan sólo en ella en mis frecuentes noches de insomnio.

Sí, confieso ante este insensible papel sábana sobre el cual estoy pergueñando estas líneas, que el

sueño me fue esquivo y más de "hartas" noches inventé paraísos, infiernos; dichas, rechazos; negativas, aceptaciones; secretos, ostentaciones; besos, sopapos; maldiciones, promesas; fracciones de felicidad, eternidades de sufrimientos; secreteos, divulgaciones; embelesos, desencantos; placeres, abstinencias; noches compartidas, noches solitarias; celos, sinceridades; amores, desengaños; besos clandestinos, despechos publicitados; besos no clasificados, besos por ella dados en dirección a otros labios, etc., etc., etc.

Pero, cuando aún hubo algo de tiempo, y tras muchas jornadas —ocho para ser exactos— llenas de alcohol y blasfemias tanto para Dios como para mi buen amigo el Diablo, retorné a la normalidad y me puse las pilas para pensar sosegadamente acerca de mi situación, analizar crudamente mis devaluados sentimientos, corregir el rumbo de mi errabunda vida, reconocer que no soy más que un simple perro al que el hambre le ha enseñado a ladrar, semejante al hablar de los humanos. Si me muero, a muy pocos les va a interesar si me entierran o no. Si alguna vez me tengo que enamorar de alguien tiene que ser de una mujer que pertenezca a la basura en la que yo me he criado. Lo mejor que tenía que hacer, pensé, es amarrar mis remendadas emociones y sentimientos con alambre de púa, para no tener que volver a recorrer aquellos caminos que varias veces transité y en los cuales, al llegar al final, siempre llegaba hecho mierda, y como una simple piltrafa por la que nadie daba ni cinco centavos.

Es más, clausuré mi corazón para todo aquello que significase ilusión ficticia y/o pasajera. Y al caer en cuenta que mis elucubraciones me habían

consumido la noche y que el cuchitril que me sirve de penthouse kafkiano y lleno de miseria se encontraba parcialmente iluminado, y era menester subir un piso más arriba para cumplir con las funciones de mucamo, sirviente y fámulo. Lo contrario me podía significar una puteada matutina, como si en la casa donde vivo, o donde me mantienen, según los diceres ajenos, alguno de sus moradores tendría la necesidad de recordarme a cada momento que desde el vientre que me abortó una noche cualquiera, yo siempre soy un joeputa desclasado.

Reconozco también que cuesta y duele alguito, antes que los acontecimientos se precipiten, tener que renunciar a cosas que en determinado momento pueden valer más que mil Potosíes coloniales. Renunciar aún a la amistad que se estaba forjando para no vivir con la interrogante de saber si nuestra renuncia valía o no la pena. Y con la eterna soledad a cuestas, que lejos de hacernos un bien tan sólo significa problemas y frustraciones, dan ganas de irnos a la mierda y terminar de una vez por todas la comedia terrenal que nos habíamos inventado, y cuyo principal personaje es uno mismo.

¿Acaso el no querer enfrentar un detalle tan intrascendente puede ser signo de cobardía, aún si existe la más remota esperanza de que su resultado pueda ser positivo? No lo sé, y al final de cuentas eso me importa un carajo, porque la realidad me ha demostrado, las veces que le he pedido, que las únicas mujeres con las que puedo perder más de lo que perdí, son aquellas con las que quemé mi tiempo, perdí mis anhelos y sentí que me ayudaron a menospreciarme, y que siendo paria, ahora me considere simplemente

un despojo ambulante que busca tan sólo... ya no sé qué putas es lo que estoy buscando.

Aquellas mujeres que tienen más cicatrices en el cuerpo y en el alma que días vividos, esas que han sido trajinadas por seres que las prostituyeron y las mancillaron sin darles nada a cambio. Esas que han parido más hijos que perras en celo y que por esos avatares de la vida no pueden darles de mamar porque a ellas también les faltaba de comer. Esas mujeres que han sido ultrajadas hasta el extremo y que conviven con el alcohol, la mugre, el abandono la necesidad, la flojera, las venéreas y la muerte, esas mujeres son mi gente. Y quién sabe si más temprano que tarde vuelva a ellas para alcoholizar mi fracaso en su compañía, y perderme con los que las rodean, antes que me arrepienta de haberlos abandonado por buscar tan sólo esa fama absurda de sentirme elegido y predestinado por los dioscilos del Olimpo, para realizar obras excelsas y magestrales.

Antes de que sea imposible el tornar ante ellos deberé agarrar los cuatro trapos que tengo, quemar mis papeles y libros, despojarme de recuerdos y vanidades. Sacarme de la cabeza elogios y superficialidades, y ser aquel anónimo que fui hasta antes del 80, y extraviarme en los recovecos de los que nunca debí de haber salido. No salir de aquel mi mundo en el que las penas estaban prohibidas, y el alcohol era la madre y el padre que nos daba consuelo en nuestro momentos tristes, y nos daba energía y valor cuando el mundo pretendía atacamos aprovechando nuestras distracciones.

Ingenuamente pienso que debe ser algo inexplicable el enamorarse de una persona que de entradita

alborota nuestras inquietudes y pensamientos, para compartir con ella días de plenitud y días problemáticos. Debe ser algo divino saber que cuando uno llega al lugar en el que vive, hay alguien que le está esperando aunque sea con un plato de lagua recalentada, y llena de afecto. Y, como este tipo de cosas están tan lejos de mi pobre entendimiento, me he visto obligado por las circunstancias a volver a la realidad, y poniendo los pies donde deben estar, me dejo de macanas y tonterías para dejar de pensar en Cupidos, Eros, Venus, Afroditas, corazones, poemas, flores y chiquilladas, y retorno a ser el mismo que era hasta que la conocí a ella, esa personita que quiso hacerme adelantar en mi proceso evolutivo, y poniéndome fuerte escriba.

Yo, o lo que es lo mismo. Yo, me voy a alejar para siempre de su camino, incluso eludiré las horas en que ella atiende el teléfono de su trabajo mientras duren los días que van a preparar mi retorno al seno de donde vanamente salí. Y uno vez que mis pasos me alejen de su lado, eso sí, lo juro, la borraré para siempre de mi memoria, de mis pensamientos, de mis recuerdos, pensando alguna vez que si algo semejante pasó por mis días, fue tan sólo una bella pesadilla que hubiese sido lindo que se hubiera transformado en una etérea realidad.

Así de sencillo, una etérea realidad nacida de una pesadilla que tenía cuerpo de mujer, joven y soltera, pero mujer.

Líneas escritas la tarde del domingo 22 de octubre del 95, cuando algo semejante a la nostalgia me estaba haciendo mierda desde la tarde anterior. ¡Ah, qué jodido es estar en esta situación, y tener que tomar decisiones que afectarán seriamente tu existencia...!

P.D. ¿Será que esta mañana desperté despierto, y que por la trasnochada no me pude quitar de la mente que las madrugadas no siempre son hermosas? Puede ser que así sea, pero al fin y al cabo, lo que cuenta es la resolución que he tomado y de este nuevo empecinamiento en que me he empecinado, y que hasta no verlo cumplido, no me saca ni San Judas Iscariote bajado del cielo. Amén.

Sonco

Noctambulindo

Hay momentos para beber, para odiar, para hacer el amor, y para aprender a olvidar.

También hay momentos —y éstos son los más— para odiarnos a nosotros mismos, por haber pretendido ser "uno" y no nos dejaron.

Cuando pienso en lo mucho que he vivido y en lo tanto que a diario he experimentado, en noches como ésta, cuando estoy rodeado de mi estúpida soledad, tengo ganas de amar intensamente, y por añadidura, ser también amado.

Mi cuerpo necesita sentir el calor de otro cuerpo que se mueva nerviosamente bajo su peso, y mientras mis labios beban afanosos del vacío absoluto de aquella boca ajena, buscar amor, placer, reciprocidad y emociones prohibidas, en las intimidades del vientre fecundo que me da su regazo para galopar por senderos no hollados por la maldad ni el resentimiento.

Nunca pude comprender cómo era posible que en el transcurso de tantos años transcurridos, me

haya olvidado que el amor, de tanto esperar, suele morir en el olvido; y que lo que alguna vez amamos con intensidad —creyendo que éramos correspondidos—, hoy, al evocar esos momentos, nos damos cuenta —mejor dicho me doy cuenta— se ha perdido en el rincón oscuro de los sueños incumplidos, mientras yo me dedicaba a beber desesperado, embruteciendo mis anhelos y besos dormidos.

El Ejército de Salvación

El albergue que tiene esta institución está ubicado a pocos pasos del mercado Rodríguez, justo al frente del famoso bar El Averno. Con unos cuantos chichis se puede venir a dormir aquí. Tiene ochenta y siete camas, donde suele dormir gente de toda condición social y que se dedica a todo tipo de actividades. Hay artilleros de los más pesados, macheteros ambulantes, choros, cargadores, ayudantes eventuales, beneméritos de la guerra del Chaco, vizcachas del barrio, vaguinzones o lagartos, mochileros y artesanos que venden chucherías en las calles, ex-presidiarios y una serie de tipos más.

Las camas son de una plaza, de dos pisos, tipo cuartel. Aparte de colchón, sábanas y frazadas, tienen su infaltable legión de piojos y pulgas. De ahí que no es raro ver que todos los alojados estén rascándose la cabeza, las axilas y la entrepierna. Hay alojados que vienen a dormir desde hace más de veinte años en la misma cama.

Para alojarse en el Ejército de Salvación hay que hacer cola a partir de las seis de la tarde. Las puertas se abren a las ocho y de ocho a nueve pueden cancelar los que tienen su cama fija o asegurada. Las camas que quedan vacías se reparten entre los que están haciendo cola. Hay que presentar el carnet de identidad en el momento de cancelar, pero, haciéndole morder al portero se entra nomás. Los dormitorios se abren a las nueve de la noche, a las diez en punto se apagan las luces de todo el hogar. De lunes a sábado los alojados pueden ver en un televisor blanco y negro, que fue donado por el ex alcalde Mario Mercado, quien, cierta vez que visitó el albergue, se compadeció de los alojados.

En el tiempo en que frecuenté este albergue, muchos alojados estiraron la pata y de esta manera perdieron para siempre sus camas. Entre los que recuerdo están don Déme, un viejito benemérito que una mañana amaneció muerto en su cama, la número 43. Mientras llamaban a la policía para que recoja el cadáver, no faltó un muchacho rana que cogió su bastón y fue a venderlo al Alfonsito, que dormía en la primera sala. Los compañeros de sala de don Déme, a partir de entonces, durmieron tranquilos porque, como era un viejito asmático, su tos no les dejaba descansar.

Otro que finó fue el Kochalo, quien una de esas noches que entró al baño no volvió a salir: lo encontraron tirado en el suelo. El Camba, un viejo de cincuenta años que caminaba apoyado en dos bastones y se fumaba dos cajetillas de Derby sin filtro al día. Se hacía vencer con el estómago en su propia cama, para disimular el mal olor fumaba un cigarrillo tras

otro, hasta que una de esas noches se echó a dormir para no levantarse más.

Don Gustavo y don Carlitos, que compartían la pieza más pequeña del albergue, fueron otros beneméritos que aparecieron fríos en sus camas. Primero fue don Gustavo y al mes le siguió con Carlitos.

También hubo alojados que, por venerar exageradamente al dios Baco, perdieron sus camas y nunca más volvieron. Sólo nos enteramos de ellos cuando los vieron en la morgue.

Entre otros me acuerdo del tío Abel, un viejo zapatero remendón, del Chapaco, un viejo redomado, el Zapatos, otro zapatero remendón que al estar separado de su mujer vivía con su amante que no era otra que el padre Agustín; y del Zulma Yugar (nombre de una cantante), un p'aspaco o vendedor ambulante de unos 22 años. Le pusimos ese nombre porque, habiendo sufrido en una pelea varios cortes en el trasero, fue socorrido por esta cantante orureña en vista de que era su paisano. Por eso, cada vez que se emborrachaba gritaba: "¡Viva la Zulma Yugar!" y agregaba en voz baja "Mi hermana". Falleció de una congestión pulmonar a consecuencia de sus innumerables k'arapampasos.

(Este texto debía salir en el libro de memorias Borracho estaba, pero me acuerdo, pero a último momento, él prefirió autocensurarse, tal vez debido a ciertas exageraciones que, ahora, ya no tienen sentido.)

(Hojas sueltas)

(1983 - 1984)

- Hay inflación, pero, para compensar, la UDP se desinfla.
- Siles estrena nuevo gabinete el 6 de agosto; acaba de comprarse un escritorio.
- Los caimanes parlamentarios, después de arduas sesiones, llegaron a la conclusión de que es sumamente difícil comprobar la existencia del hombre invisible.
- El H. Zamora tiene una dieta muy grande, para compensar, tiene una moral muy pequeña.
- H. S. Z. hará prohibir aquella frase de que "Nunca segundas partes fueron buenas".
- Parece que el presidente se entera tarde de todas las cosas; por ejemplo, el otro día se enteró a las cuatro de la tarde que una antes habían sido las tres.
- Se ha comprobado que los torturadores sufren el 27% más que sus víctimas. Sin embargo ¡oh, ingratitud!, esto no es tomado muy en cuenta por los torturados.
- Los burócratas del senado nacieron todos con pecado original y dos copias.

- El diputado E. G. en sus presentaciones en la TV ha demostrado que puede ser un caballero... o un caballo, dependiendo todo del lugar en el que le pongan la silla.

- Desde que Bruto mató a César, los brutos matan sin cesar.

- H. B.: Dictador tamaño tabloide.

- Los narcos leen libros de farmacoquea.

- Argumento de civiles y militares golpistas: Bolivia es de constitución débil.

- Ante la huelga de hambre, las P. prefirieron la dieta.

- Motete Z. declaró que el personaje histórico que más admira es Caín, porque de un solo golpe mató al 25% de la humanidad.

- Ya no pudo más, acaba de morir el ángel de la guarda de Víctor Paz.

- Por falta de visión política, oculista colombiano recetó a H. S. Z. un bastón y un perro.

- Los banqueros privados modernizaron el concepto de antropofagia: No se trata ya de comer a los semejantes, sino de comer a costa de ellos.

- El I. B. C. está propiciando y fomentando la crítica cinematográfica en código Braille.

- Jaime Paz es uno de los casos más curiosos que ha producido Bolivia: A sus cuarenta y tantos puede ser considerado ya un niño prodigio.

- El gobierno prometió demostrar que en realidad la Última Cena era un almuerzo, con lo que históricamente se comprobará que no hay por qué comer a la noche.

Aeternum vale. Le firmo un vale por un termo.

Alcoholismo. Forma de suicidio lento y doloroso, que consume la vida humana de manera artera y traicionera, ya que espera primero a que la víctima esté adormecida, para posteriormente destruirle la salud, mientras dibuja en la mente del desdichado, una serie de fantasías y sueños que en vida nunca pudieron ser irrealizables (sic).

Amigo. Persona que a consecuencia de nuestras actitudes erradas nos manda a la mierda, y es el primero en acudir ante nosotros para ayudarnos as que nos levantemos.

Amor. Palabra fría cuando está impresa en el diccionario. Sublime y agradable cuando es pronunciada por la persona amada. Alegría indescriptible cuando a nosotros viene; sinónimo de muerte cuando nos abandona. Beso prolongado cuando las palabras salen sobrando. Bálsamo celestial que cura aún a los corazones más heridos, antítesis del odio. Escudo que nos protege contra el dolor. Faro costero que orienta nuestras existencias. Misterio profundo e inescrutable para los que aún no lo hemos percibido.

Anhelo. Hay que anhelar la vida de la misma manera que se teme a la muerte.

Confesión. Forma de actuar, rayana en la hipocresía, en la cual, el que la realiza pretende aliviar su conciencia echando fuera sus porquerías, a vista y paciencia de un sacerdote, que impotente escucha todo eso, mientras susurra suavemente un Padre Nuestro, rogando al Padre Eterno por tanta maldad imperante en la tierra.

Contagio que no enferma. El beso apasionado entre enamorados. ¿O acaso llevará el virus del aburrimiento?

Crítico. En la literatura, la amistad termina cuando comienza el comentario escrito acerca del libro de un amigo.

Mientras más envidio tu talento, más sanguinarias son mis críticas supuestamente literarias.

Persona que tiene envidia por los que escriben algo que él nunca podrá ni siquiera imitar.

Cuento breve. Sigue en mis brazos, la novia que enterré ayer

Decepción. Sentimiento de frustración e impotencia que experimenta el amante, al descubrir que la mujer que adora, lo engaña con su esposo.

Dolce Vita. Propuesta del ministro de finanzas para convertir VITA en fábrica de dulces.

El alcohol y la noche. Para el hombre que mora en la noche, para aquel que se ha adentrado en la noche y conoce las profundidades de la noche, el alcohol es la luz. El que su cuerpo se vuelva transparente, y el que esta transparencia le permita mirar al otro lado de la noche, es obra exclusiva del alcohol.

Índice

Hagamos de cuenta que esto es el prólogo 5

Soliloquios y delirios

Si estás cansado, descansa un poco 8
Escribiendo en paredes inexistentes 9
Por si las moscas 11
Dura lex 13
El hombre salió de entre las penumbras 15
En los brazos de Morfeo 17
La canción del despecho 20
Rutina 21
Ecce Homo 22
Perdiendo mi tiempo 26
La Creación según Victor Hugo 29
Momento previo a la paranoia 31

Personajes

"La Sandra" 34
El Chino Munachi 39
Mi enamorada 42
Calígula 2000 45

BBC. Borracho Bien Conocido 54
Las tardes no tienen estrellas 57
El Cara de Piedra 62
¡Vamos a las Tacas! 68
"¡Ñito, regalame!" 72
Una tristeza perdida en el silencio 75
El vengador sentimental 81
Manicure, pedicure, sik'icure 86
El regalo 92
Basural S. A. 94

Otros textos

Hay que saber pelearle a la vida 98
Recuerdos mal queridos 116
Las madrugadas no siempre son hermosas 128
Noctambulindo 134
El Ejército de Salvación 136
Hojas sueltas 139

Sonco